

SERVICIO  
SECRETO

SS

# EL SUEÑO MUERTO

Burton Hare



El teléfono rompió a sonar haciendo añicos la quietud del dormitorio.

La rubia murmuró algo en sueños. El hombre que dormía a su lado ni se enteró. El teléfono siguió y siguió, hasta que la muchacha abrió los ojos, se incorporó sobre un codo y le miró a él.

—¿Paul? —balbuceó, soñolienta.

Paul McGee yacía igual que muerto, respirando acompasadamente en un sueño total y profundo.

Ella hizo una mueca y le sacudió.



Burton Hare

# **El sueño muerto**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1552**

**ePub r1.0**

**Lds 25.01.19**

Título original: *El sueño muerto*

Burton Hare, 1980

Ilustraciones: M. García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

El teléfono rompió a sonar haciendo añicos la quietud del dormitorio.

La rubia murmuró algo en sueños. El hombre que dormía a su lado ni se enteró. El teléfono siguió y siguió, hasta que la muchacha abrió los ojos, se incorporó sobre un codo y le miró a él.

—¿Paul? —balbuceó, soñolienta.

Paul McGee yacía igual que muerto, respirando acompasadamente en un sueño total y profundo.

Ella hizo una mueca y le sacudió.

—¡Eh, despierta, hijo! ¿No oyes ese escándalo o qué?

No obtuvo más que un gruñido por respuesta, de manera que, refunfuñando, saltó de la cama, con el timbre del teléfono aullando una y otra vez, incansable.

Se despezó como una gata. Estaba tan desnuda como el día que vino al mundo, sólo que desde entonces había crecido un poco y su cuerpo era una profusión de curvas, de montes y valles capaces de marear a un marino.

Al fin echó a andar hacia la puerta. Se pasó las manos por las caderas, tal vez acariciándose, o quizá para comprobar que, a pesar de los excesos de la noche pasada, aún conservaban todo su rotundo y turbador encanto.

El teléfono estaba sobre una mesa, revuelto entre montones de papeles. Lo atrapó de un zarpazo y gritó:

—¡Bueno! ¿Qué pasa?

En el primer momento, nadie replicó. Luego, una voz de mujer, cautelosa, preguntó:

—¿El señor McGee? Deseo hablar con el señor Paul McGee... ¿No me habré equivocado de número?

—Más le valiera.

—¿Cómo dice?

—Si despierto a ese salvaje es capaz de pegarle fuego al teléfono.

—¿Despertarle? —Cloqueó la voz, asombrada—. ¿Se refiere al señor McGee?

—¿A quién otro?

Oyó perfectamente la exclamación al otro lado de la línea. Luego la voz sonó mucho más tensa.

—No sé quién es usted, pero le ruego que despierte al señor McGee ahora mismo. Le llama el señor Vance Reel, desde su despacho.

—A juzgar por su voz, usted no es ningún señor Reel, ¿o sí? —rió la muchacha rubia—. Espere, veré si lo consigo.

Dejó el auricular y corrió al dormitorio. Zarandeó al durmiente, esta vez con más fuerza que antes, y al fin consiguió que él soltara un juramento y se volviera en la cama.

—¿Qué demonios...?

—No te alborotes. Alguien quiere hablar contigo.

El parpadeó. A través de los cortinajes que cubrían la ventana vio el sol que brillaba allá fuera y sacudió la cabeza.

—¿Qué hora es?

Ella se encogió de hombros.

—Regístrate. Estoy diciéndote que tienes a alguien desesperado al teléfono. Un tal Reel.

Paul dio un brinco y quedó sentado en la cama.

—¿Vance Reel? —tronó—. ¿Y has estado hablando con él?

—Si tiene voz de mujer vieja y frustrada, sí.

—¡Oh, maldita sea! Estás chiflada.

Arrojó las sábanas a un lado y echó a correr. La rubia empezó a reír al verle.

—¡Eh, no estás presentable, Paul! —cacareó.

Paul cazó el auricular y respiró hondo, antes de decir:

—Hable, aquí McGee.

La cabeza le latía como una dinamo y sentía la boca seca como las arenas del desierto.

No pudo contener un suspiro cuando oyó la voz de mujer, en lugar de la que temía. —Señor McGee— replicó aquella voz, seca,

helada como un témpano—. Hace más de una hora que el señor Reel está esperándole.

—¿Por qué? ¿Tenía una cita conmigo o qué?

—¡Por supuesto! Se le advirtió ayer por la mañana que hoy debería entrevistarse con él, aquí, en la oficina, a las nueve. Son más de las diez, señor McGee.

—Ya veo...; cómo pasa el tiempo, ¿eh? —balbuceó.

—¿Qué debo decirle al señor Reel?

—Que estoy en camino.

Y colgó.

Al volverse tropezó con la burlona mirada de la rubia.

—No estás como para salir a la calle, ¿eh? —comentó—, por lo menos si no te vistes.

El soltó un gruñido.

—Tú tampoco llevas mucha ropa encima que digamos, nena. ¿Qué diablos pasó anoche? Tengo la cabeza a punto de estallar.

—¿De veras no lo recuerdas? Deja que te lo cuente con todo detalle. Empezaste por quitarme la ropa a zarpazos, como un salvaje. Luego...

—Prefiero imaginarlo por mi mismo. Oye, encanto, tengo una prisa del demonio.

¿Quieres preparar un poco de café mientras me ducho?

—Desde luego, soy una perfecta ama de casa cuando me dejan.

El se metió bajo la ducha, gruñendo, refunfuñando, pensando en el viejo Reel, en su estirada secretaria y en unas cuantas cosas más, todas ellas igual de desagradables. Cuando estaba a medio vestir, la rubia entró en el dormitorio. La precedía el olor del café recién hecho y eso le reconcilió con ella.

Paul trasegó dos enormes tazas de líquido negro y se sintió mejor. Incluso estuvo en condiciones de apreciar en todo su esplendor el rosado panorama de aquel cuerpo desnudo, de pechos duros como rocas, que le desafiaba con su proximidad.

Como si le adivinara los pensamientos, ella runruneó:

—Yo no tengo ninguna prisa, querido. Podemos...

—No podemos. Ya llevo un retraso de hora y media. No están las cosas para gastarle bromas al viejo.

—¿Qué viejo?

—No lo entenderías.

Llevando la corbata en la mano, se inclinó sobre la rubia y estrelló los labios contra su boca. Al instante, ella osciló, pegándose a él, incrustándole los pechos contra la camisa en un último intento de hacerle cambiar de idea.

Sólo que él se echó atrás a regañadientes.

—No me tientes, nena —rezongó—. Estoy jugándome el empleo.

—Un tipo como tú no necesita ningún empleo.

—Ojalá fuera cierto... Te veré otra vez.

Corrió hacia la puerta, pero antes de abrirla se volvió en redondo y gruñó:

—A menos que te instales aquí, cierra de golpe al salir.

Y desapareció.

La rubia suspiró. Miró en torno. El apartamento era una completa demostración de cómo hacer agradable el más completo desorden.

Además, olía a loción masculina, a hombre, en una palabra. Canturreando entre dientes, regresó al dormitorio y, desnuda como estaba, se tendió encima de la cama y en un instante volvió a quedar dormida.

\* \* \*

—Eres el tipo más inconsciente, insensato, holgazán y degenerado que existe en este podrido mundo, Paul. Y eso se va a acabar a menos que desees apartarte de la sociedad. ¿Has comprendido?

La voz seca, metálica y chirriante del impresionante señor Vance Reel se extinguió, pero a Paul McGee le hizo el efecto de que sus ecos seguían martilleándole los oídos una y otra vez.

Encendió un cigarrillo, soportando la iracunda mirada del socio más viejo de la firma, y al fin gruñó:

—Sólo me dormí, eso es todo.

—Tu padre no se durmió ni una sola vez en los veinte años que estuvimos asociados. Ni yo tampoco.

—Por eso murió tan joven —refunfuñó Paul.

—¿Qué dijiste?

—Olvídelo. Los tiempos cambian, ¿sabe? La gente no puede seguir viviendo igual que veinte años atrás.

—Entonces, como abogado que eres, espero que redactes una buena acta de disolución de nuestra sociedad.

No era la primera vez que se planteaba el problema, así que Paul no se impresionó demasiado. El viejo Reel se había empeñado en suplir a su padre, y no sólo como cabeza rectora de la firma de abogados.

—Será mejor que hable del caso, ¿no le parece? Para eso me ha llamado, creo yo.

La cara del sanguíneo Vance Reel adquirió el tono de la púrpura.

—¡Maldita sea! Casi he olvidado el motivo por el que te necesitaba...; tienes la especial habilidad de sacarme de mis casillas con tus calaveradas... ¿Cómo era ella esta vez, morena, rubia, alta, baja o patizamba?

—Rubia —suspirió Paul con nostalgia.

Reel se echó atrás en su sillón semejante a un trono. Estuvo observando a su socio con el ceño fruncido y al fin pareció calmarse lo suficiente para entrar en materia.

—Irás a ver al señor Haines. Tú le conoces.

—De vista tan sólo.

—No importa. El sí te conoce y se empeña en hablar contigo, aunque me cuelguen si entiendo por qué... Sea lo que fuere, no lo estropees, ¿entiendes? Es uno de nuestros mejores y más antiguos clientes. Tu padre y él tenían una gran amistad, pero lo más importante es que su cuenta en nuestro bufete suma un puñado de miles al año.

—Ése sí es todo un argumento.

Reel soltó un gruñido.

—Nadie vive sin dinero, y tú menos que nadie. El otro día eché una mirada a las cuentas y has sacado tantos anticipos que, en buena ley, no deberías cobrar un centavo en todo el resto del año.

Ése era un terreno peligroso. Paul se levantó de la butaca y dijo:

—Veré a nuestra suculenta cuenta corriente esta misma mañana.

Caminó hacia la puerta. Un gruñido del viejo Reel le detuvo en seco.

—Estoy agotando la paciencia, Paul. No eres ninguna lumbrera y sólo continúas asociado conmigo en razón de que fuiste el heredero de tu padre, al que prometí darte una oportunidad. Pero no tires demasiado de la cuerda. Podría romperse... —No lo olvidaré.

—¡Y quiero saber qué preocupa al viejo Frederic Haines para que te haya llamado!

Paul abandonó al fin el despacho y suspiró, recostado contra la puerta cerrada.

La secretaria del socio más viejo de la firma levantó la mirada del teclado de la máquina de escribir y le observó por encima de los aros de oro de sus gafas. Era una mujer de una edad indefinida, que igual podía rondar los cuarenta como los sesenta. Angulosa, lisa, pálida y eficiente, sabía tanto o más de leyes que el propio abogado.

—¿Ha sido realmente tan malo? —indagó con sarcasmo.

—¿Se nota en mi cara?

—Por lo menos se le nota que pasó mala noche.

—Ahí se equivoca, Gerty. La noche fue de lo más estupendo. Deje que le cuente...

—¡No quiero oír historias pornográficas, señor McGee!

—Se ha ruborizado y todo... Es usted deliciosa, Gerty.

No esperó a oír la réplica a su comentario. Se escabulló a la sala de espera, desierta. Oyó el tableteo de las máquinas de escribir de los pasantes al otro lado de una delgada pared de madera. Aquel sonido le deprimía, así que apresuró el paso y abandonó el despacho igual que si le persiguieran.

## CAPÍTULO II

Era la primera vez que Paul visitaba la residencia de los Haines. Le impresionó la magnificencia de semejante palacio, en torno al cual se extendían varias hectáreas de parque, césped, árboles y una inmensa piscina de formas caprichosas.

Del lado de la piscina se despegó una ninfa dorada de sol tan pronto él detuvo el coche en la plazoleta fronteriza a la entrada del palacio. En el primer instante, Paul notó que se le aceleraba el pulso, porque tuvo la impresión de que la mujer estaba desnuda.

Luego, cuando ella onduló hacia él, descubrió el diminuto bikini color carne que llevaba, y se le secó la garganta, porque aquellas dos escuálidas piezas de tela en lugar de ocultar nada realzaban lo que había debajo, que no era poco.

—Hola —cloqueó, con la boca seca.

Ella se detuvo a dos pasos. Era alta, cimbreña, con unos pechos generosos que desbordaban el ligero sujetador. Sus caderas desnudas estaban ceñidas por una cadenita dorada que sujetaba los dos triángulos del *slip*. Eran tan grandes como un naípe.

—Usted debe de ser el picapleitos —dijo ella.

—El título que tengo en un marco dice que soy abogado.

—Es lo mismo. ¿Va a hacerle caso al viejo chocho?

—¿A quién se refiere?

—A mi padre.

—¿El señor Haines?

—¿Quién otro? ¡Claro que el señor Haines! ¿Va a hacerle caso?

—Ni siquiera sé de qué quiere hablarme. ¿Lo sabe usted...?

—Llámeme Helen.

—Helen. Yo soy Paul.

—Usted y yo quizá debemos conocernos mejor, Paul, una vez

haya hablado con el viejo.

—Eso me encantará. Conocerla mejor, quiero decir.

Ella se pasó las manos por las caderas. Paul tuvo la esperanza de que arrastrara la cadenita hacia abajo, a lo largo de los prietos muslos, pero no pasó nada. Los dos pequeños naipes color carne continuaron donde estaban. Pensó si allí abajo sería también pelirroja y casi sonrió.

—Vaya a ver a papacito —runroneó ella—. Después me verá a mí.

El cabeceó. Al darse la vuelta, descubrió al estirado sirviente que estaba plantado en el umbral de la puerta.

Atravesó la plazoleta, subió al porche y el mayordomo, o lo que fuera, murmuró con voz cascada:

—El señor está esperándole... le oyó llegar, ¿sabe? No debió entretenerse tanto. —Lo siento.

—El también.

Paul enarcó las cejas. Antes de entrar en la casaladeó la cabeza. La muchacha pelirroja estaba al borde de la piscina y alcanzó a verla saltar en una zambullida perfecta.

Resignadamente, siguió al viejo sirviente.

Pero más viejo aún parecía el hombre que le recibió en una oscurificada salita desprovista de toda ostentación. Era un hombrecillo de apariencia frágil, si uno no se fijaba en sus ojos.

En ellos había tanta energía, tanta vitalidad, que parecían despedir chispas.

Fueron esos ojos los que se quedaron clavados en él por espacio de casi un minuto, acusadores, iracundos.

Paul carraspeó. Miró en torno, a las pocas estanterías conteniendo algunos libros, a las viejas butacas de cuero y a la mesita sobre la cual no había ni vasos ni botellas.

—Usted deseaba verme, señor Haines... —balbuceó.

—Tú eres el hijo de Harry, ¿eh?

—Ciertamente, señor.

—Tu padre fue el mejor abogado que conocí jamás.

—Es muy amable de su parte decir eso...

—¡Y tú eres el peor!

Paul se quedó sin aliento.

—Estoy al corriente de tu historial. Te llamas Paul, ¿no es así?

Bueno..., esta vez necesito a un hombre como tú.

El no supo qué replicar. Aquel hombre le desconcertaba.

—¿Qué estuviste haciendo ahí fuera?

—Hablé con su hija Helen, señor.

Una especie de cloqueo escapó de la débil garganta del anciano.

—Y apuesto —jadeó— que ella deseaba algo más que hablar contigo... ¿Te han hablado alguna vez de la clase de hijos que tengo?

—No, señor.

—¿No? ¡Son una maldición! Me casé demasiado tarde y nunca debí tener hijos. Estoy seguro que fueron ellos quienes alejaron a la muchacha.

—¿Qué muchacha? Olvida usted que desconozco la naturaleza de este asunto, señor Haines.

—Claro, no sabes una palabra. Quiero que encuentres a una mujer.

Paul dio un respingo.

—Se me ocurre que obtendría mejores resultados contratando una firma de detectives privados, señor.

—¡Nada de detectives! No se trata de rastrear a un criminal, ni de darle publicidad a un hecho que puede no tener ninguna importancia. Tú eres mi abogado... ¡No me interrumpas! Eres mi abogado, y tus costumbres son escandalosas, disipadas y poco recomendables. Nunca has perdido la cabeza por una mujer, Paul. Me he informado. Ahora necesito de un sinvergüenza que sepa manejar a las mujeres sin perder la chaveta por ellas. Eso es lo que más necesito.

—Bueno, yo...

La voz se le cortó porque las palabras del anciano le habían desbordado otra vez.

—Te voy a contar la situación, que por otra parte es sumamente sencilla...

Se interrumpió, asaltado por un súbito ataque de tos. Su rostro quedó del color de la cera y durante unos minutos fue incapaz de recobrar el resuello.

Paul balbuceó:

—¿Se encuentra usted mal, señor?

—Peor..., pero eso pasará...; no se puede llegar a viejo... a

ningún precio...

Paul esperó. El anciano cerró los ojos y trató de respirar hondo, introduciendo la mayor cantidad de aire posible en sus castigados pulmones.

Al fin dijo con voz débil:

—Escucha... Desde que mi mujer murió, hace más de diez años... no tuve el menor afecto a mi lado. Mis hijos...; mejor no hablar de esa pandilla de bastardos degenerados. Nadie..., excepto mi ama de llaves. Ella fue la única que me soportó con bondad, con comprensión, sin esperar nada a cambio.

—Comprendo.

—¿Qué comprendes?

—Es a esa mujer a quien debo buscar...

—¡No entiendes maldita la cosa! Anna murió hace dos meses. Fue buena, resignada, comprensiva conmigo. Luego enfermó. Era casi tan vieja como yo y no pude aportarle el menor consuelo. Excepto los cuidados de Leyla. Ella fue quizá el último consuelo que tuvo Anna en este mundo.

—¿Quién es Leyla?

—Una enfermera. Le pedí al doctor Loomis que buscara una que fuera eficiente. Tuvo un gran acierto... Leyla no sólo fue eficiente, sino que desparramó su tierna humanidad en torno a la pobre Anna. Una hija no la hubiera atendido mejor. Es a ella a quien quiero que encuentres.

—Eso debería ser fácil. Sólo con llamar a ese médico que la recomendó...

El anciano sacudió la cabeza. Apenas le quedaban fuerzas después de tanto hablar.

—No...; ha desaparecido, Paul. Eso es lo que debes comprender. Cuando Anna murió, Leyla dijo que volvería para el funeral. Bueno..., no vino. Después intenté localizarla. Inútil. Llamé al doctor Loomis... Tampoco sabía una palabra de ella. ¡Y quiero que vuelva! —¿Había cobrado sus honorarios cuando se marchó?

—Por supuesto.

—Entonces no tenía ninguna razón concreta para regresar aquí. Y menos una obligación expresa.

—Paul, empiezo a pensar que eres más tonto de lo que pareces. McGee se encogió de hombros.

El viejo añadió, con aquella voz que se extinguía por momentos:

—Te repito que Leyla es una chica excepcional, no una mercenaria de la medicina. Desparraama amor en su entorno. Algo debió suceder para que no cumpliera su promesa.

Y yo sospecho qué fue lo que la alejó.

—Entonces, señor, debió haber empezado por ahí y yo sabría a qué atenerme.

Los ojos vivos del viejo se animaron de súbito.

—Ahora empiezas a hablar como a mí me gusta —dijo, con una extraña mueca—. Fueron mis hijos los que la alejaron de mí.

—¿Con qué objeto?

—Temen que la incluya en mi testamento. Temían que mi pobre Anna también tuviera parte en el reparto, por eso la detestaban. Luego vieron a Leyla y sus temores se recrudecieron. Quizá la sobornaron, aunque lo dudo. O la amenazaron, cualquiera sabe.

Incluso, no me sorprendería que el bastardo de Shorty la hubiera seducido. Shorty es mi hijo mayor y un degenerado integral. O quizá sería más cierto llamarle cretino integral...; una nulidad buena para nada...

Paul carraspeó, pero se abstuvo de todo comentario.

El anciano parecía estar en las últimas.

Sacando fuerzas de no se sabía dónde, terminó:

—Quiero que la encuentres. No importa lo que cueste, ni el tiempo que te lleve. Tráela aquí. Ella merece..., merece...

Su voz se apagó. Una mano como un sarmiento se agitó un instante y después cayó sobre el regazo del viejo.

Paul murmuró:

—Lo intentaré, aunque sigo opinando que un detective obtendría mejores resultados, señor.

—No..., nada de detectives..., ni de publicidad... Nada. Hazlo tú.

—Está bien.

—Habla con el doctor...; se llama Loomis...

Paul asintió, disponiéndose a marcharse. No sabía cómo podía despedirse de aquella ruina jadeante. Le parecía que el viejo tenía ya un pie en la tumba y no se explicaba de dónde podía sacar energías suficientes para seguir en este mundo.

—Le informaré de mis progresos, señor —murmuró.

—Hazlo... y no dejes que ellos... se interpongan en..., en tu camino...

Supuso que se refería a sus hijos. Asintió y se fue.

Más allá de la puerta le esperaba el viejo mayordomo. Se le antojó que él y su amo eran del mismo barro.

—Le acompañaré a la salida, señor —dijo el hombre.

Caminaron juntos por las inmensas salas, los grandes pasillos y el gigantesco vestíbulo.

Allí, la dama que viera en la piscina esperaba envuelta en una bata de baño.

—Yo acompañaré al señor. McGee —dijo, despidiendo al criado.

Escoltó a Paul hasta el jardín. Allí sacudió los hombros y la bata de baño se deslizó al suelo, dejando al descubierto su fantástico bronceado, con aquellas dos diminutas piezas de tela color carne.

—Hace un día espléndido —dijo—. ¿Le gustaría bañarse conmigo, McGee?

—No traje bañador.

—¿Importa eso? Yo me baño desnuda muchas veces.

—Yo no. Siento complejos, ¿sabe?

—¿De qué? O quizá es un disminuido físico... o un superdotado.

—¿De qué está hablando?

Paul llegó al coche. Ella se deslizó por su lado, apoyándose en la portezuela.

—¿Es un superdotado, picapleitos?

—Si se refiere a lo que imagino, algunas chicas lo encuentran muy satisfactorio.

Ella sonrió.

—Me gustaría comprobarlo personalmente.

—Otro día. Tengo muchas cosas que hacer aún esta mañana.

—¿Conmigo?

El enseñó los dientes en una mueca.

—Me refiero a mi trabajo.

—¿Va a hacerle caso al viejo? Olvídelo y saldrá ganando. En todos los órdenes —terminó, acariciándose los muslos.

El la apartó de la portezuela. Su piel era suave y caliente.

No se resistió, pero el contacto de la mano de él le provocó un visible escalofrío.

Paul se metió en el coche y cerró la portezuela.

Le dio al arranque y dijo; como despedida:

—Nos veremos otra vez, pelirroja.

Ella cabeceó. Sus ojos estaban encendidos por algún sentimiento que él no supo descifrar. Quizá fuera lujuria, deseo, o tal vez una súbita explosión de cólera.

Condujo hacia la salida del parque muy preocupado.

Que él recordara, era la primera vez en su vida que rechazaba una experiencia sexual con una mujer. Y sobre todo, con una mujer tan espectacular como Helen Haines.

## CAPÍTULO III

El doctor Loomis sacudió la cabeza, perplejo.

—Insisto en que es un capricho absurdo —dijo—. Esa mujer tiene perfecto derecho a hacer su propia vida sin injerencias de un viejo decrépito.

Paul se encogió de hombros.

—Nadie piensa impedírselo. Todo lo que yo debo hacer es localizarla y eso es todo. —Claro, claro. Pero ¿se le ha ocurrido pensar que ella puede estar viviendo un romance con algún hombre? Eso haría que su intrusión no fuera precisamente bien recibida.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora, ¿le importaría darme sus señas de una vez, doctor?

—Allá usted y sus problemas —refunfuñó.

Buscó en un pequeño fichero y anotó unas palabras en un papel. Después dijo:

—Ahí es donde vive, pero no la encontrará en su casa. Ya lo intenté yo, presionado por el viejo Haines. Nadie responde a su teléfono.

—Eso ya lo sé. Lo que me gustaría, doctor, es que me hablase un poco de esa enfermera. ¿Es realmente tan excepcional como la describe el señor Haines?

—Es una excelente enfermera, aunque no comprendo los sentimientos del anciano. A mi modo de ver la ha idealizado en extremo, quizá por el agradecimiento de que atendiera a la vieja ama de llaves. Uno nunca sabe lo que piensa un hombre de esa edad, y en las malas condiciones físicas en que se encuentra.

—Pero es una buena enfermera, una mujer comprensiva y humana en su trato con los enfermos. ¿O no? Eso sí debe saberlo

usted, ya que suele emplearla a menudo.

—Nunca he tenido quejas al respecto.

Paul se levantó.

—Eso no es decir nada, doctor.

Se despidió de mal talante y abandonó la lujosa consulta del aristocrático médico. La dirección de la enfermera correspondía a un edificio de apartamentos de buen aspecto. No podía decirse que fuera lujoso, pero sí parecía uno de esos lugares confortables donde, quien puede pagarlos, aún puede vivir relativamente tranquilo y a gusto.

Nadie respondió al timbre de la puerta del apartamento.

Paul buscó al encargado del edificio y explicó una historia intrigante sobre la desaparición de la enfermera.

—Ni siquiera acudió a los servicios por los que había sido contratada, así que tanto el doctor como nosotros estamos muy inquietos.

—¿Y qué quiere que haga yo? —rezongó el encargado—. Tal vez se marchó de viaje. —¿Sin advertirlo a nadie? Oiga, sería conveniente dar un vistazo a su apartamento; así podríamos saber si hizo algún equipaje, o si falta algo personal de esa joven... Incluso podría darse el caso de que le hubiera dado un síncope y estuviera muerta.

Esa posibilidad hizo dar un respingo al hombrecillo.

—¿Usted cree...? Pero no, sería un allanamiento. No puedo hacer eso.

Paul se encogió de hombros.

—Entonces, hablaré con la policía y que ellos consigan un mandamiento judicial. Claro que eso conmocionará a toda la casa...

Hizo un gesto de despedida y se encaminó a la puerta.

El hombrecillo trotó hasta darle alcance.

—Espere un minuto, amigo —jadeó—. No le gusta a nadie que la policía meta las narices en los pisos. Abriré la puerta con la llave maestra, pero no le perderé a usted de vista ni un segundo, por muy abogado que sea. ¿Conforme?

—Me parece muy bien.

El apartamento era acogedor y cómodo, a pesar de la capa de polvo que lo cubría todo.

El encargado gruñó:

—Hace semanas que nadie ha limpiado el polvo siquiera.

—Ya lo veo. Ella no estuvo aquí en todo ese tiempo. Vamos a ver si se llevó equipaje.

El hombrecillo carraspeó, indeciso. Paul se internó en el apartamento y abrió el ropero del dormitorio. Había una colección de vestidos perfectamente alineados en los colgadores. Vio la delicada ropa interior en los cajones, bolsos y zapatos.

En un altillo había dos maletas y un pequeño maletín de viaje.

Sobre el tocador, en un marco de plata, la fotografía de una muchacha de grandes ojos azules.

Miró por encima de su hombro. El encargado se había quedado en la salita, remiso a comprometerse más de la cuenta.

El abogado volvió a contemplar la fotografía. El marco de plata brillaba a la tenue luz que se filtraba por las cortinas corridas.

Con gestos precisos, desprendió la fotografía del marco, procurando no hacer ruido. Se la guardó en un bolsillo y deslizó el marco y el cristal en uno de los cajones.

El encargado suspiró cuando le vio reaparecer.

—¿Qué, ha encontrado algo interesante? Creí que se había echado a dormir...

—Nada. Las maletas están en su lugar y lo mismo cabe decir de las ropas. No se llevó ni un cepillo de dientes.

—Eso es raro, ¿eh?

—Mucho. No comprendo cómo se marchó ni por qué.

—¿Quiere ver algo más o podemos largarnos de aquí? Estoy jugándome el empleo, ¿sabe?

Paul asintió, distraído. El hombre cerró la puerta y se encaminaron al ascensor. Mientras descendían gruñó:

—¿Qué piensa hacer ahora? Por lo que a mí respecta, nada ha cambiado. El alquiler está pagado por tres meses, así que hasta entonces...

—No lo sé. ¿Conoce usted a sus amigos? Debía tener algunos que la visitasen aquí. —No conozco a ninguno. Ella apenas paraba en casa. A veces la llamaban por teléfono y entonces salía. Una chica bonita, amable y seria. Supongo que aparecerá en cualquier momento.

—Sí, supongo que sí. ¿Qué me dice de su coche?

—Es un «Dodge» convertible, de dos puertas, azul.

—¿Y la matrícula?

—¿Qué cree que soy? Nunca me fijé.

—Claro, no tenía por qué hacerlo... Voy a proponerle un trato, amigo.

—¿Trato? Si es tan generoso como lo ha sido usted hasta ahora, olvídelo.

—Le pagaré por servicios cumplidos.

El hombrecillo no captó la ironía y gruñó:

—Acláreme eso.

—Ésta es mi tarjeta —dijo McGee—. Hay dos números de teléfono, el de mi oficina y este otro, de mi domicilio. Todo lo que tiene que hacer es llamarme si alguien más se interesa por la señorita Mars. Excepto si se trata del médico que suele contratarla, por supuesto. Por cada informe, usted cobrará cincuenta dólares.

—¿Sólo por llamarle cada vez que alguien pregunte por ella?

—Ni más ni menos, pero usted debe averiguar quién es el tipo que venga aquí, o llame.

Busque cualquier excusa, pero entérese de su nombre.

—No parece difícil. De acuerdo, abogado, lo haré.

Se guardó la tarjeta. Paul murmuró una despedida y abandonó el edificio más preocupado que a su llegada. La fotografía que llevaba en el bolsillo le intrigaba, pero todavía le intrigaban más el brillante marco de plata y el cristal que había guardado en un cajón.

## CAPÍTULO IV

Al pisar la acera, Paul caminó absorto en sus preocupaciones; pero aun así advirtió el brusco movimiento del hombre que estaba apoyado en la pared, a un lado de la puerta del edificio.

Le miró distraídamente. Era un individuo de mediana estatura, con más barriga de la que hubiera querido y que parecía más bien desconcertado, como si de pronto acabara de advertir que no sabía adónde debía dirigirse.

La ciudad estaba llena de locos. Paul se dirigió a donde había dejado su coche. El misterio de aquel apartamento abandonado comenzaba a sugestionarle, absorbiéndole como un extraño reto.

Dobló la esquina, se metió en el coche y maniobró para apartarlo del bordillo. Miró hacia atrás. Un tipo barrigón hacía frenéticas señas a un taxi. Era el mismo individuo que estuviera antes junto a la entrada del edificio de apartamentos.

El abogado aceleró para meterse entre el tráfico. Por el retrovisor aún pudo ver un taxi que arrancaba con una brusca maniobra llevando de pasajero al hombre gordo.

Paul mantuvo la velocidad más intrigado a cada minuto. El taxi continuaba pegado a su cola. Estaba dispuesto a jurar que aquel hombre de aspecto desamparado le seguía.

En todo el trayecto hasta su oficina no dejó de controlar a su seguidor. Cuando estacionó el coche vio el taxi que pasaba de largo, para detenerse en la esquina. Esperó hasta ver apearse el pasajero, que se quedó como desconcertado de nuevo, plantado en la esquina, mirando en torno.

Al diablo. Juró entre dientes y entró en el edificio.

La secretaria le informó de que el señor Reel había acudido a una cita de negocios y que no regresaría hasta última hora de la

tarde, cosa que le pareció muy bien. No tenía nada concreto que ofrecer al viejo gruñón.

La secretaria añadió:

—Si no le importa, yo también saldré a comer...; sólo me quedé para esperarle, señor McGee.

—Gracias, Gerty.

Sólo en su despacho, encendió un cigarrillo y contempló la fotografía. Los ojos azules de la enfermera parecían interrogarle, un tanto burlones. Buscó en sus bellos rasgos algo que delatase el carácter tierno y bondadoso que tanto impresionara al viejo Frederic Haines, pero sólo pudo captar una suerte de sensualidad, de fulgor exótico muy capaz de encender una pasión lujuriosa y sexual, pero nada más.

Con la fotografía sobre la mesa, echó el sillón hacia atrás y empezó a reflexionar sobre todo aquel lío. Le habría gustado tener más experiencia de la que había atesorado en sus pocos años de profesión. O poseer la sagacidad de un buen polizonte.

Todo eso no le llevaba a ninguna parte y sacudió la cabeza con disgusto.

Sonó el teléfono y el ronco sonido le arrancó de sus cavilaciones. Una voz cautelosa indagó:

—¿Es usted Paul McGee, abogado?

—Sí. ¿Quién habla?

—Eso no importa, de momento.

—A mí sí.

—Escuche, sólo trato de hacerme una idea de usted, antes de proponerle un trato.

—¿Qué clase de trato?

—No estoy seguro, aún. ¿Estaría usted dispuesto a pagar una buena suma en caso de que me decidiera?

—Amigo, debe haber perdido la chaveta. ¿Cómo voy a responderle, si ni siquiera tengo una idea de lo que está hablando?

—Leyla Mars.

Paul se enderezó de golpe.

—¿Qué sabe de ella?

—Tengo la corazonada de que me he metido en algo demasiado gordo para mi capacidad, así que quiero una tajada.

—¿Una tajada de qué?

—Cinco mil dólares.

—¿A cambio de qué?

—Aún no lo sé. ¿Estaría dispuesto a pagar esa suma?

Paul titubeó.

—Dependería de lo que tuviera usted para vender —dijo con Cautela.

—Le llamaré.

—¡Oiga, espere!

—Volveré a llamarle cuando me haya decidido. O cuando sepa Un poco más. Estoy muy preocupado, ¿sabe? No me gusta nada todo esto...

Ya no hubo nada más. La comunicación se cortó y Paul se quedó unos instantes perplejo, con el auricular en la mano como si no supiera qué hacer con él.

Al fin colgó y aplastó el cigarrillo en el cenicero. En aquel instante, el timbre volvió a sonar con su ronca voz.

—¿Sí? Habla McGee.

—Hola, picapleitos.

Era una voz profunda, sensual, que reconoció al instante.

—¿Cómo está? Usted es Helen Haines.

—Premio.

—¿Aún lleva puesto ese bikini color carne?

—No.

—¿Quiere decir que no lleva nada puesto?

Oyó la risa insinuante de la mujer.

Luego su voz:

—Quiero decir que estoy vestida, muy cerca de su oficina. He llamado para comprobar si estaba usted ahí.

—Ya lo ha comprobado. ¿Y qué?

—Sólo espéreme.

Sonó un chasquido y la comunicación se interrumpió.

Diez minutos después oyó abrirse la puerta exterior, y los pasos gráciles que atravesaban la antesala y el cuchitril donde trabajaba la secretaria. La puerta se abrió y Helen Haines apareció, sonriente, erguida, terriblemente hermosa.

—Caramba, picapleitos, ¿dónde está la gente en esta oficina?

—Es la hora de la comida. Lo sabría si trabajara usted alguna vez.

Se echó a reír y cerró la puerta, aproximándose a la mesa.

—Detesto los comentarios cáusticos. Detesto el trabajo, y detesto estar sola. ¿Qué hace usted, horas extras? O ya ha comido...

—No, todavía no. Ahora dígame qué vino a buscar y quizá lleguemos a alguna parte. Ella se deslizó sobre la esquina de la mesa. Sus hermosos muslos tensaron la estrecha falda, marcándose con todo detalle, incluido el leve relieve de la braga diminuta. —Vine a buscarle a usted.

—Ajá.

—Sé lo que le encargó mi viejo.

—Ajá.

—No repita siempre lo mismo. ¿O cree que es original?

El sonrió por toda respuesta. La muchacha hizo un mohín.

—De acuerdo, espera que sea yo quien hable... El viejo fósil le encargó que buscara a la enfermera. ¡Y no vuelva a decir «ajá» o le golpeo!

—Me limito a escuchar.

—Claro. Supongo que él es libre de despilfarrar el dinero como quiera...

—Siendo su dinero..., ¿eh?

—Cáustico otra vez. El viejo tiene un pie en la tumba y usted lo sabe, de modo que dentro de poco tiempo será «mi» dinero, McGee.

—Seguro.

—Así está mejor. Quiero que no haga usted nada. Deje a esa fulana en paz, esté donde esté. A cambio yo puedo recompensarle con largueza.

—¿De veras?

La ardiente sonrisa volvió a asomar en aquellos labios gordezuelos.

—Tengo algún dinero, ¿sabe? Y otras cosas aún más apetecibles que el dinero.

—Las vi esta mañana —sonrió Paul.

—Le gustaron. Pude leerlo en sus ojos.

—Eso no lo creo. Se habría ruborizado hasta la raíz de los cabellos si hubiera podido leer mis pensamientos.

—Ya no me ruborizo nunca, querido. ¿Cuál es su precio?

—No sé...; depende de cuán interesada esté usted en que yo no busque a la enfermera.

—Digamos que mi interés asciende a mil dólares.

—No me parece mucho.

Saltó al suelo, sonriendo de aquella manera que subía la temperatura.

—Puedo añadir algo más. Pero no en billetes.

Dejó el pequeño bolso sobre la mesa y en su instante se hubo librado de la ligera chaquetilla. Uno a uno desprendió los botones de la blusa y, con un golpe de sus hombros, hizo que se deslizara por sus brazos hasta revolotear al suelo.

No llevaba sujetador. Sus pechos eran firmes, tersos y juveniles. No necesitaban ayuda para mostrarse agresivos y puntiagudos.

Paul tragó saliva. Siguió mudo, esperando.

La falda pareció resistirse a abandonar el calor de sus caderas, pero al fin también acarició sus largas piernas para acabar en el suelo hecha un revoltijo.

La pequeña braga negra relució sobre su cuerpo tostado por el sol.

El gruñó con voz ronca:

—Es una situación como para que alguien entrara ahora.

Sin dejar de sonreír, ella retrocedió hacia la puerta. Accionó el cierre automático del tirador y regresó, ondulando el cuerpo, hasta la mesa.

—¿Y bien? —susurró.

—Y bien, ¿qué?

—¿Hay trato?

—Aún no he visto todo lo que usted ofrece.

—Me gustaría arañarle... No, me gustaría otra cosa.

Hubo de contorsionarse un poco para librarse de aquella apretada cosa negra. Entonces se irguió desafiante, las piernas un poco separadas. Un ligero estremecimiento recorrió su increíble cuerpo, reflejándose en sus duros pezones.

—Está bien, picapleitos, tiene el precio al alcance de la mano. Haga algo de una maldita vez. —Claro...

Se levantó como si le temblasen las piernas. Rodeó la mesa y se detuvo casi pegado a ella.

Helen Haines levantó los brazos mientras él la enlazaba por la cintura. Cuando los enroscó en torno al cuello, sus bocas se unieron casi con furor, en un beso lujurioso y violento que les arrebató el

aliento y la cordura.

Ella se apoyó en la mesa. Con la boca cosquilleando los labios de él susurró:

—¿Así, de pie...?

—Espera.

—Es la primera vez. ¡En una oficina! Resulta excitante para mí...

Bajó las manos para apresurarle a él. Las ropas le estorbaban y ella se había convertido en un torbellino ansioso y exigente que lo quería todo.

Y cuando lo tuvo no pudo contener un grito, y cada uno de sus exaltados jadeos parecían acercarla más y más a la muerte.

Sólo que era al placer total y absoluto a donde la llevaban.

## CAPÍTULO V

El volvía a estar sentado al otro lado de la mesa. La miraba mientras Helen retocaba su destruido maquillaje.

La voz sensual de la muchacha runruneó:

—Eres un amante perfecto, querido...; imagino lo que debe ser hacerlo con tiempo, solos en una casa cómoda...

—Con una amplia cama —remachó él con ironía.

—Aunque sea estrecha, eso no importa.

Dio los últimos toques a sus labios, guardó el espejito y la barra de carmín en el bolso y le contempló con aquella mirada voraz.

—Ya has cobrado una parte del trato. Ahora, deja que el viejo siga esperando.

—¿Qué dices que cobré?

—Oh, ya veo...; los mil dólares. Te enviaré un cheque.

—Olvidalo.

Ella frunció el ceño.

—¿Olvidarlo? No te comprendo.

—Yo no hice ningún trato, preciosa.

—¿Que tú no...? ¡Maldito seas! ¿Qué quieres decir con eso?

—Tú viniste aquí. Pasamos un rato delicioso. También tú eres una amante perfecta.

Pero eso es todo.

Ella achicó los ojos, que brillaban peligrosamente.

—Así que te has burlado de mí. Me has poseído como a una vulgar prostituta y ahora si te he visto no me acuerdo... ¿Qué clase de bastardo eres, Paul McGee?

Levantándose, el abogado rodeó la mesa.

—Tómalo con calma, nena. Tu padre no es sólo mi cliente, es uno de los mejores de la firma. Y yo soy el eslabón más débil de

ella.

—¡Tú..., tú...! ¿Sabes lo que eres tú? ¡Un hijo de perra!

Dio media vuelta y casi corrió hacia la puerta. La abrió y salió disparada. Por poco no derribó de espaldas a la señorita Gerty, que se quedó mirándola estupefacta mientras desaparecía más allá de la sala de espera.

Paul comentó:

—Debiera haber vuelto un poco antes, Gerty.

—¿Qué, qué...?

—Hubiera aprendido algo que seguramente no ha hecho usted en su vida... —Pero esa mujer... ¿Estaba loca? Salió casi gritando.

—Había gritado antes. Voy a salir a comer ahora, tengo un hambre de lobo.

—¿Qué he de decirle al señor Reel?

—Que le veré esta noche, aquí o en su casa.

Ya estaba en la puerta cuando la vieja secretaria le alcanzó trotando.

—¡Al teléfono, señor!

—¿Quién es?

—No quiso decírmelo. Pero insistió mucho en hablar personalmente con usted.

A regañadientes, él volvió atrás, cerró la puerta de su despacho y tomó el auricular.

—Hable.

—¿McGee?

—Sí.

Era la voz del individuo misterioso. O loco, de eso no estaba muy seguro.

—Ya he llegado a una decisión. ¿Está usted dispuesto a pagar cinco mil dólares?

—Usted necesita un psiquiatra. ¿Cómo voy a decidir, si no tengo idea de lo que está proponiéndome?

—Ya se lo dije... Leyla Mars, la enfermera.

—Es mejor que hablemos del tema con calma. Sabré si debo pagarle o no cuando vea qué puede usted ofrecerme.

Hubo un corto silencio.

—Muy bien, McGee; pero no crea que nací ayer. Habrá de pagar si quiere lo que yo sé.

—Conforme. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Es mejor en mi apartamento de Venice Lane. Es el treinta y dos, en el edificio Gardens.

—De acuerdo. Voy para allá, pero antes he de hacer un par de gestiones.

—No tarde.

—¿Cómo he de llamarle?

—De ningún modo, hasta haber concretado.

Colgó el teléfono y se quedó mirándolo, pensativo.

Luego abandonó las oficinas sin apenas despedirse de la eficiente secretaria.

Engulló una comida fría en la cafetería de la esquina, y mientras se encaminaba a la cita se preguntó una vez más por qué, mientras estuvo en el despacho, Helen Haines no había hecho ningún comentario al ver la fotografía de la enfermera encima de la mesa.

\* \* \*

El Gardens era un edificio de medio pelo, sin muchas pretensiones. Quizá los inquilinos aún tuvieran menos. El abandono que reinaba en su interior resultaba deprimente. Paul leyó el aviso advirtiéndole que los dos ascensores estaban averiados, así que se encaramó escaleras arriba, rezongando.

La puerta del apartamento que buscaba estaba entreabierta. La empujó, seguro de que el tipo estaría esperándole.

—¿Hay alguien ahí? Soy Paul McGee.

Dio unos pasos, colándose en el diminuto vestíbulo, instintivamente cerró a sus espaldas. —¡Oiga!— se impacientó—. ¿A qué cree que está jugando?

Tampoco obtuvo respuesta. Se aventuró a internarse en el apartamento. Olía a tabaco rancio, a sudor y a *whisky* barato.

También olía a algo más, a algo que no supo identificar hasta que vio el cadáver.

Olía a cordita.

Paralizado de estupor, quedó inmóvil, la mirada fija en el cuerpo despatarrado en el suelo. Daba la sensación de haber caído desde una gran altura y sólo se había desplomado.

Un reducido medallón rojizo ensuciaba su camisa. La sangre,

poco a poco, lo agrandaba por momentos.

McGee avanzó pisando como un gato. Aquel desgraciado era el individuo barrigón que estuviera siguiéndole ese mismo día.

Observó el pequeño agujero de la bala. Un arma de muy reducido calibre sin duda. Miró en torno con cautela. No habían pasado más que unos minutos desde que aquel hombre fuera asesinado. Tal vez...

De un brinco estuvo junto a la puerta más próxima y la abrió de un empujón, colocándose a un lado.

Nada.

Contempló un cuarto de baño que pedía a gritos una limpieza a fondo. Un dormitorio desordenado, con la cama revuelta, y una cocina tan pequeña que era preciso moverse de costado.

El asesino no estaba allí.

Regresó al lado del hombre muerto.

—Ahora creo que lo que querías venderme valía realmente cinco mil dólares, amigo —refunfuñó entre dientes.

La mancha de la camisa se había agrandado un poco más, pero no era nada escandaloso. Inclínándose, Paul tanteó los bolsillos de la chaqueta. Sacó una cartera y al abrirla aparecieron los documentos del muerto.

Ahí se llevó una sorpresa. El individuo había sido detective privado. Cada vez lo entendía menos.

Volvió a colocar la cartera en su lugar, y un examen a fondo de los otros bolsillos no le reveló nada que pudiera interesarle.

Miró en torno desalentado. Con la muerte del hombre que tenía a sus pies, todo el asunto se había complicado de una manera incomprensible.

De nuevo deseó tener la experiencia de un viejo policía. Eso no le llevaba a ninguna parte, así que volvió a dar un vistazo a la documentación del pobre detective, memorizando las señas de su oficina, y abandonó el apartamento tras asegurarse de que no había nadie en el pasillo.

\* \* \*

Había una placa deslucida en la puerta con el nombre:

## HARRY PETERS

Debajo podía leerse:

### INVESTIGACIONES

Empujó la hoja de madera y entró. Una muchacha se limaba las uñas detrás de un escritorio de recepción. Le miró sin ningún interés.

—El señor Peters está ausente —gruñó sin desviar la atención de sus uñas.

Paul se apoyó en la mesa, mirándola interesado.

—¿Es usted su secretaria?

—¿Qué le parece? Cualquiera lo adivinaría.

—¿Dónde puedo ver a su jefe?

—Regístreme.

—Me gustaría mucho hacerlo.

Ella levantó la cabeza y le miró frunciendo el ceño. Cabeceó, asintiendo.

—Claro —dijo—. A usted y a él. Pero no hay nada que hacer.

—¿Se refiere a Peters, su jefe?

—Trata de meterme mano de vez en cuando, como todos. ¿Qué es lo que anda usted buscando en realidad?

Parecía aburrida, como una mujer que que estuviera de vuelta de todos los caminos de este mundo.

—¿Qué tal es su jefe como detective?

—Muy bueno.

—Sí... ¿De veras?

—Eso dice él.

—Y usted, ¿qué dice?

—Me debe el sueldo de dos meses.

—Ya veo.

McGee encendió un cigarrillo. Ella gruñó:

—Yo también fumo.

Le tendió la cajetilla y le ofreció fuego. La muchacha saboreó el humo y volvió a mirarle descaradamente. Le recorrió con la mirada de arriba abajo, calibrando sus ropas, su porte, todo cuanto estaba a la vista. El sonrió.

—¿Quiere que le muestre también la dentadura?

—No es necesario. No llega usted a los treinta.

—¿Es eso un inconveniente?

—Depende. ¿De veras necesita un detective?

—No.

—Ya me parecía a mí...

Paul se deslizó, sobre un ángulo de la mesa, sentándose allí como si fuera el propietario del negocio.

—En realidad —dijo—, ando a la caza de una chica que necesita cincuenta dólares.

—Yo necesito más, mucho más.

—Todo el mundo necesita más. Pero el límite son cincuenta.

—¿Para hacer qué? No hay camas en esta oficina.

El se echó a reír.

—Se asombraría de las cosas que pueden hacerse en una oficina... Justamente tuve una experiencia esta mañana que... Pero ése es otro asunto. ¿Quiere ganarse cincuenta dólares o no?

—Por supuesto. ¿Qué he de hacer?

—¿Para quién está trabajando su jefe? Sólo con que pueda darme el nombre de su último cliente se embolsa el dinero.

Ella suspiró.

—Me sorprendería tanta suerte...; nunca la tuve. Lo siento, pero no hay nada que hacer.

—¿No lo sabe, o no quiere decírmelo?

—Ignoro cómo se llama.

—Pero usted le vio.

—Claro, entró por esa puerta.

—¿Cómo era, joven, viejo, alto, bajo o qué?

—Joven, alto, lánguido. Eso es todo.

—¿Bien vestido?

—Un figurín.

—¿Está segura de que no puede conseguir su nombre? Tal vez su jefe abrió una ficha, un legajo, qué sé yo.

—El señor Peters no trabaja de ese modo. Bueno, de un tiempo a esta parte apenas trabaja de ningún modo; eso ya debe usted haberlo adivinado.

—Ya veo. Pero se trataba de un hombre, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy muy segura... Yo diría que era del tercer sexo.

McGee Sonrió.

—¿Lo dice sólo por su aspecto?

—Por eso, y porque ni siquiera me hizo caso. No me miró, ni se interesó por mis muslos.

—¿Los tenía usted al aire o qué?

—Seguro. Hacía un calor del demonio cuando entró.

—Volvamos al negocio. ¿Cómo suele entregar los informes su patrón, por escrito, verbalmente, cómo?

—Depende del caso. A veces por escrito. En esos casos yo los pongo en limpio, a máquina. Pero si son cosas de poca monta, que siempre lo son, lo hace todo él.

—Resumiendo, no hay modo de saber para quién está trabajando.

Ella sacudió la cabeza.

—No —dijo.

Examinó el resultado de su trabajo con las uñas y pareció quedar satisfecha. Paul sacó unos billetes, contó cincuenta dólares y los depositó sobre la mesa.

—Considérello parte de su sueldo —dijo con sarcasmo evidente—. Y yo en su lugar empezaría a buscarme otro empleo.

—Ya lo pensé, pero todo está fatal. Aquí, por lo menos no doy golpe.

—Pero no cobra.

Paul abandonó el ángulo de la mesa. Ella dijo:

—Salgo a las cinco y hoy no tengo ningún compromiso.

—Entonces, aprovéchelo para buscar un empleo.

Y se largó. Cuando cerró la puerta ella continuaba tan aburrida como cuando entrara.

## CAPÍTULO VI

No esperaba encontrar a nadie en la oficina, quizá por eso quedó muy sorprendido cuando vio a Gerty tecleando en la máquina a pesar de la hora tardía.

—¿Es que la han atado a la mesa, Gerty?

—Estaba esperándole. De un tiempo a esta parte, no hago más que esperarle a usted, señor McGee.

—¿Y eso es tan desagradable?

—No bromeo. El señor Reel estaba muy enfadado.

—El siempre está de mal humor. ¿Cuál era el motivo esta vez?

—Usted. Estuvo esperándole desde media tarde. Luego le llamaron y hubo de salir corriendo para entrevistarse con el señor Haines.

—¿Frederic Haines?

—Ciertamente.

—¿Sabe usted por qué hubo de ir corriendo a verle?

—No me lo dijo. Sólo ordenó que le esperase a usted y le dijera que esta noche sin falta se pusiera en contacto con él.

—No entiendo nada. Soy yo quien lleva el asunto del viejo Haines.

—A juicio del señor Reel, no está usted haciendo un buen trabajo.

—Espere que le cuente...; le apuesto que le haré saltar hasta el techo cuando le diga que me tropecé con un muerto.

—¿Qué? Señor McGee, eso no tiene gracia.

—Depende del sentido del humor. ¿Tenía algo más que decirme?

—Nada más.

—Entonces, váyase a casa, Gerty. Yo cerraré la oficina.

La mujer abandonó su escritorio sin más comentarios. Paul entró

en su despacho, tomó la fotografía de la enfermera y se quedó mirándola un buen rato.

Era una cara preciosa y ardiente según su criterio. Y el busto que tensaba el suéter veraniego no podía ser más llamativo. Estuvo dispuesto a jurar que incluso se insinuaban los duros pezones entre el color y las sombras.

Acabó guardándola en el bolsillo y salió. Gerty ya se había ido, así que apagó las luces y dio vuelta a la llave de la puerta. Había sido un día endemoniado, pensó.

Descendió al garaje subterráneo, tomó el coche y con la mente hecha un caos se encaminó a su apartamento.

\* \* \*

Dio primero un vistazo al dormitorio. La cama estaba en orden y eso era un detalle que agradecerle a la muchacha rubia.

Sobre la almohada había una nota. La leyó, divertido:

Me cansé de esperarte desnuda. La próxima vez no dejaré que nadie te saque de la cama en una semana.

Lo único que faltaba saber era cuándo sería la próxima vez.

Se preparó un *whisky* y acomodándose en el diván comenzó a pasar revista a todo lo sucedido. Cuando se decidió a reflexionar a fondo, su cerebro parecía convertirse en una computadora.

Perdió la noción del tiempo, y algunas de las conclusiones a las que llegó no le gustaron poco ni mucho.

Luego el timbre del teléfono le desbarató los pensamientos y casi le hizo dar un brinco. Atrapó el auricular de un zarpazo.

—¡Hable!

—¿Es el abogado McGee?

Era una voz de mujer. Una voz lenta, cálida.

—Sí.

—¿Es usted mismo?

—Lo era la última vez que me miré al espejo. ¿Qué es lo que pasa? ¿Quién es usted?

—Leyla Mars.

El teléfono casi se le escapó de la mano.

—¿La enfermera?

—Ciertamente, ése es mi trabajo.

—He pateado media ciudad buscándola, señorita Mars.

—Lo sé, y ése es el motivo de que quiera hablar con usted. Llamé a su oficina, pero era demasiado tarde y ya no había nadie; así que busqué su domicilio en la guía.

—Magnífico. ¿Dónde puedo verla?

—Prefiero hablar con usted en su casa, si no le importa.

—Por supuesto que no. ¿Cuánto tardará en llegar aquí?

—Quince minutos si encuentro un taxi.

Y colgó. La voz no era cordial ni mucho menos, pero era más que nada. Paul se sirvió otro *whisky* y esperó.

Pasó casi media hora antes de que sonara el timbre de la puerta. Abrió y allí estaba ella. La misma cara expresiva, sensual, de la fotografía, se quedó mirándole con ojos azules y brillantes.

—¿Puedo entrar? —refunfuñó.

—Naturalmente. Estaba impaciente por verla.

Cerró la puerta y la acompañó hasta el diván. Ella se deslizó en él, cruzó las piernas y McGee tuvo una fugaz visión de unos muslos prietos y macizos.

—Bueno, ha sido una sorpresa oír su voz por teléfono.

—¿Por qué me busca, señor McGee? Estuve tentada de presentar una denuncia contra usted. Una mujer tiene derecho a su vida privada, sin que nadie trate de interferirla. Sólo cuando supe que era usted abogado decidí verle personalmente.

—Nadie trata de inmiscuirse en su vida privada. Todo lo que nuestro cliente desea es que usted vaya a verle, ése es el motivo de la búsqueda.

—¿Su cliente?

—El señor Haines.

Ella sacudió la cabeza.

—Ese viejo decrepito... Yo no quiero volver a verle. Y si me apura, le diré que incluso me da náuseas. Siempre quejándose y quejándose...

—Me parece que no ha considerado usted la cuestión en sus justos términos, señorita Mars. Todo lo que él quiere es que vaya a verle. El señor Haines le está muy reconocido por la manera como usted cuidó a su ama de llaves, antes de su muerte. Tal vez piensa recompensarla y...

—Ya cobré mi trabajo. No necesito ninguna recompensa.

Paul carraspeó. Le ofreció un cigarrillo y encendió otro sin apartar su mirada de los profundos y quietos ojos de la muchacha.

—No acabo de comprenderla —gruñó—. ¿Qué le cuesta ir a verle? Aunque después no acceda a nada de lo que él le pida, si es que le pide algo, por lo menos habrá satisfecho usted el deseo de un hombre que apenas puede valerse por sí mismo.

—No soy una institución de caridad. ¿Entiende eso? Hago un trabajo, me pagan por él y eso es todo. Además, en estos momentos estoy viviendo muy feliz. Encontré un antiguo conocido, alguien a quien... Bueno, eso no le importa a nadie. No voy a complacer los deseos de un viejo que chochea y eso es definitivo. Así que déjeme en paz, abogado. ¿De acuerdo?

Se levantó, majestuosa, con toda su descarada belleza resplandeciendo a la discreta luz de la lámpara de sobremesa.

El cabeceó, con una leve sonrisa en los labios.

—Usted no deja lugar a dudas —murmuró.

—Espero que no me obliguen a presentar una demanda legal contra el viejo... o contra su firma, señor abogado.

Giró sobre los talones y con pasos resueltos se encaminó a la puerta.

Paul miró el provocador balanceo de sus nalgas antes de exclamar:

—¡Oh, casi lo olvido!

Ella se detuvo. Giró la cabeza, esperando.

—Tengo algo que le pertenece, señorita Mars...

—¿Que tiene qué?

—Su fotografía. La que estaba en el marco de plata.

La sacó del bolsillo. Ella dio un respingo y retrocedió.

Cuando tendió la mano para tomar la fotografía, McGee la apartó bruscamente. Había una mirada divertida ahora en sus ojos grises y agudos.

—Vuelva a sentarse un momento.

—¡Maldito si lo hago! No tengo nada más que discutir aquí. Devuélvame mi foto.

—Dentro de un momento, si no le importa.

—¡Al diablo! Quédese con ella si ése es su gusto.

De nuevo se encaminó a la puerta.

Cuando él habló otra vez su voz ya no era amable, sino seca y

cortante:

—Deténgase, a menos que prefiera que la denuncie a la policía por usurpación de personalidad.

Se paró en seco. Tan bruscamente como si hubiera tropezado con un muro.

—¿Se ha vuelto loco? —balbució—. No creo que sepa siquiera de lo que está hablando. —Siéntese otra vez, si no quiere dormir en la comisaría—. ¡Maldito sea! ¿Cree que me impresiona?

—Estoy seguro. ¡Siéntense!

Ella aún titubeó. Luego, a regañadientes, volvió al diván y se dejó caer en él, lo más apartada posible del abogado.

Paul sonrió.

—No creo que sepa siquiera el lío en que se ha metido, hermana —dijo—. Es un grave delito usurpar la personalidad de otra mujer. Alguien debiera haberla advertido de eso.

—Pero ¿de qué demonios está hablando? Yo soy Leyla Mars.

—No, no lo es. Alguien la embaucó para que se hiciera pasar por ella, posiblemente un detective de mala muerte llamado Harry Peters, o tal vez uno de los jóvenes Haines. Supongo que le pagarían, pero no creo que le dieran el dinero que va a necesitar para pagar un buen abogado que le saque del lío.

Ella estaba lívida ahora. Desvió la mirada y aún balbució:

—No es cierto...; está equivocado, yo...

—Usted es una pobre tonta si creyó que algo tan burdo podía salir bien.

—Pero ¿qué le hace pensar...?

El se echó atrás, saboreó el humo de un nuevo cigarrillo y al fin dijo:

—En primer lugar, su fotografía.

—¿Qué hay de malo en ella?

—La falta de polvo.

Ella se quedó boquiabierta, sin comprender absolutamente nada.

El agitó la mano en que sostenía el cigarrillo.

—Todo el apartamento de Leyla Mars estaba cubierto de polvo, nadie había limpiado cosa alguna en semanas. No obstante, tanto el marco como el cristal que contenían la fotografía estaban brillantes, limpios, sin una mota de polvo. ¿Se da cuenta?

Ella abatió la cabeza, pero no replicó.

—Después —añadió McGee—, la misma foto en sí. El anciano me había descrito a una muchacha de la que desbordaba humanidad, ternura, bondad y comprensión hacia sus semejantes. Bueno, usted no da el tipo, hermana. En su foto vi sensualidad, un violento atractivo erótico y una belleza ardiente y apasionada tal vez. Pero no las cualidades de alguien que se entrega con amor al cuidado de los enfermos y desvalidos. Ése fue el otro punto que me hizo desconfiar.

La muchacha levantó la mirada al fin. El pudo advertir el retenido brillo de las lágrimas en sus pupilas.

McGee dijo como remate:

—Y en cuanto la he visto en persona me he convencido de que usted, de la cabeza a los pies, es como yo la había imaginado con sólo ver su fotografía.

Reinó un largo silencio. El abogado siguió fumando con calma, esperando, hasta que dijo:

—¿Quiere beber algo, un *whisky* quizá?

—Gracias.

Se levantó y preparó las bebidas. Le ofreció una a la joven y volvió a sentarse.

La contempló mientras bebía. Luego, suavemente, preguntó:

—¿Fue Harry Peters quien la metió en esto?

—Sí...

—Cuénteme, tal vez pueda sacarla del apuro.

—¿Por qué habría usted de hacerlo?

El sonrió.

—Por todas las cualidades que acabo de enumerar al referirme a usted, acaso...

Por primera vez ella esbozó una tímida sonrisa.

—Muy bien, se lo diré. Yo había hecho algunos trabajos para Harry Peters, hace tiempo. Nada ilegal, pero sí desagradable... El..., él no tiene muchos escrúpulos, usted sabe.

—La creo. Siga.

—Me llamó. Dijo que esta vez debía tomar la personalidad de una enfermera que estaba fuera de la ciudad. Me pidió una fotografía y me explicó mi papel. No vi nada malo...; sólo se trataba de que un abogado que andaba buscándola la dejara en paz.

—Ya veo.

—Hablé con Peters esta mañana y me dijo que todo iba bien. Mi última actuación debía ser esta entrevista con usted.

—¿No volvió a comunicar con Harry Peters esta tarde?, ¿no le vio?

Ella sacudió la cabeza.

—No, estuve llamando a su oficina, para saber si había algún cambio de última hora, pero él no apareció por allí. Sólo pude hablar con su secretaria.

Paul pensó que ya nunca más podría comunicar con Harry Peters, como no fuera en el infierno.

—¿Sabe usted quién era el cliente de Peters? —preguntó de pronto.

—No; él nunca mencionaba a sus clientes. Ni en este caso ni en los otros en que me utilizó.

—Claro, al menos en esto era discreto, aunque estuviera dispuesto a venderlos por un puñado de billetes.

—¿De qué está hablando?

—Olvídelo.

Aplastó lo que quedaba del cigarrillo. Con evidente temor, ella susurró:

—¿Qué va a pasar ahora conmigo?

—¿Cómo se llama en realidad?

—Ibis... Ibis Blue.

—Un nombre curioso, ¿no?

—Lo crea o no, es auténtico. Ahora puedo mostrarle mis documentos si quiere.

—No hace falta. Esta vez la creo. Apure el *whisky* y le serviré otro.

—¿Va a denunciarme?

El se echó a reír.

—Estoy pensándolo.

—En cualquier caso, es a Harry Peters a quien debería demandar, no a mi... El lo planeó todo.

—Me parece que eso resultaría muy difícil —replicó, pensando en el hombre despatarrado en el suelo con una bala en el corazón.

—Bueno, antes de decidirse a proceder contra mí, piense en el perjuicio que me causaría. Yo..., yo no tengo nada con que, tratar de conseguir un buen abogado defensor.

—Oh; sí tiene, Ibis. ¿O nunca se mira a un espejo?

Esta vez sonrió abiertamente. En este terreno sabía cómo moverse.

—Todos los días —replicó—. Sobre todo cuando salgo de la ducha, desnuda.

—Debe ser todo un espectáculo.

—¿Le gustaría verlo alguna vez?

—¿Por qué no ahora?

Ibis se levantó. En sus ojos ya no había asomo de temor.

—Va a ser como un soborno —murmuró—. Un delicioso modo de sobornarle..., picapleitos.

Y comenzó a desabrochar los botones de la blusa.

## CAPÍTULO VII

McGee ladeó la cabeza y deslizó la mirada por el desnudo cuerpo de Ibis, que yacía a su lado inmóvil, la mirada perdida en algún punto del techo. Respiraba acompasadamente ahora, como recobrándose de la agitación anterior.

—¿En qué piensas? —murmuró.

Ella siguió con la mirada perdida, pero respondió:

—En nada. De verdad, no pensaba en nada; sólo me dejaba mecer por esta sensación de bienestar.

Al otro lado de la ventana chispeaba la luz verdosa de un anuncio luminoso. El resplandor intermitente, cada vez que se colaba por la ventana abierta, parecía acariciar los senos opulentos de la muchacha, antes de deslizarse por su vientre, por las piernas y parte de la pared antes de apagarse y empezar de nuevo.

De pronto, Paul dijo:

—No volverás a trabajar nunca más para Harry Peters.

—De eso puedes estar seguro. Esta vez he escarmentado.

—No quiero decir eso... El está muerto.

Ibis dio un brinco y quedó sentada en la cama. La luz verde la silueteó ahora con su luz fantasmal.

—¿Qué has dicho?

—Alguien le mató. De un tiro.

—¡Paul!

—Sospecho que lo hizo el mismo que lo contrató. Peters me telefoneó tratando de sacarme cinco mil dólares. Dijo que se había metido en algo demasiado grande para él o algo así. Estaba asustado, ¿comprendes? Quizá descubrió el nudo de todo este lío y no le gustó, o vete a saber qué, pero él quería cinco mil dólares y librarse del asunto al mismo tiempo.

—Así que está muerto...

Mc Gee asintió con un gruñido.

—¿Por qué me lo has dicho?

—Para que comprendas lo grave que es todo este lío y te apartes de él definitivamente. Y, también, por si tienes alguna idea del personaje que le contrató. Creo que es un hombre más o menos afeminado, elegante como un figurín...

Ella ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No tengo la menor idea, Paul. ¿Crees que ese tipo afeminado fue quien le mató?

—No puedo saberlo. Quizá Peters intentó cobrar de las dos partes. Cinco mil míos, y otros tantos del otro, prometiéndole callarse lo que fuese que sabía.

Ella suspiró, recostándose otra vez sobre la almohada.

—Pobre Harry —susurró—. No era mala persona, pero la vida le había tratado muy mal. Antes de establecerse como detective había probado infinidad de otros trabajos. Siempre fracasó... —Esta vez fracasó definitivamente.

—¿Lo sabe la policía?

—No, yo solo...

Le interrumpió el timbre del teléfono. Saltó de la cama y corrió hacia su revuelto escritorio.

—¡Aquí McGee! —Ladró, furioso.

—¿Crees que necesitas gritar para que se te oiga?

—Oh, hola, señor Reel.

—Mi secretaria debió darte mi recado supongo.

—Seguro, dijo que yo debía llamarle esta noche.

—Ni más ni menos. ¡Esta noche! No la de mañana, o una de la próxima semana. ¿Qué infiernos estuviste haciendo?

—Usted lo sabe bien; pero ahora ya no se trata sólo de localizar a la enfermera, las cosas se han complicado.

—Manejándolas tú no me sorprende.

McGee hizo una mueca al teléfono.

—Gerty dijo que usted había acudido a una cita con el señor Haines. ¿Es cierto?

—El me llamó. Estuve allí toda la tarde en compañía de un notario. Redactó un nuevo testamento.

—Ya veo.

—Tengo una copia para que la leas. El propio Haines dispuso que tú leyeras el documento. Tal vez piensa que eso te estimulará —añadió con sarcasmo.

—Lo crea o no, estoy trabajando a fondo en este caso. Y como le dije antes, se ha complicado de un modo muy peligroso.

—¿En qué sentido?

—No estoy seguro de que sea buena idea contárselo por teléfono.

—¡No pierdas tiempo ni me lo hagas perder a mí! ¿De qué estás hablando, si es que lo sabes? —Muy bien. Alguien contrató a un detective privado de tres al cuarto para que me hiciera desistir de buscar a Leyla Mars, la enfermera que cuidó al ama de llaves del viejo Haines.

—¿Sabes quién...?

—No, no lo sé. Pero sí sé que ese detective ha sido asesinado.

—¡Paul! ¿No será una de tus fantochadas?

—Ojalá lo fuera. El detective se llama Peters, y se puso en contacto conmigo para venderme algo tan grande, según él, que valía cinco mil dólares. Estaba asustado, de eso no cabe duda. Me citó en su apartamento. Cuando llegué acababan de asesinarle de un tiro.

Hubo un prolongado silencio al otro extremo de la línea.

Paul esperó pacientemente. Vio cómo Ibis empezaba a vestirse con gestos lánguidos, como si la dominara la pereza. Sonrió, y entonces la voz del viejo abogado ladró en su oído:

—¿Llamaste a la policía?

—No, señor.

—¿Pueden relacionarte con ese hombre de algún modo?

—No veo cómo podrían hacerlo.

Captó el suspiro de alivio.

—Por lo menos, en eso no fuiste tan torpe como de costumbre... Pero tenías razón, hablaremos con más calma en mi despacho por la mañana.

—¡Espere un minuto! ¿A quién deja heredera?, ¿a la enfermera?

—¿Cómo lo adivinaste?

—No era difícil. ¿Lo saben sus hijos?

—No, ni deben saberlo hasta después de su muerte. Son una pandilla de buitres carroñeros... De cualquier modo habrían de ser

idiotas para no sospechar algo. La hija menor estaba allí esta tarde, rondando y tratando de averiguar qué estaba pasando. Te veré mañana, Paul.

—De acuerdo.

—¡A las nueve!

La comunicación se cortó.

McGee depositó el auricular en el soporte y se volvió.

Ibis le contemplaba desde el umbral del dormitorio.

—¿Te vas?

—No quiero quedarme aquí. Podría aficionarme a ti y eso no sería bueno.

—¿Vives sola?

—Comparto el apartamento con una amiga. ¿Por qué?

—Tal vez vaya a verte alguna vez.

Ella sonrió.

—Hazlo. O llámame y vendré.

Se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y sus bocas estallaron en una flama que les abrasó el aliento.

Después ella se fue y Paul se sintió extrañamente solo. Fue a servirse una bebida, pensando en la muchacha, en el detective muerto, en la enfermera..., en mil temas diferentes que, no obstante, no le llevaron a ninguna parte.

De modo que apuró el *whisky* y se acostó.

## CAPÍTULO VIII

McGee levantó la mirada del testamento que había estado leyendo y comentó:

—Hizo usted un buen trabajo. Nadie podrá impugnar este testamento jamás.

—Ya lo sé. Tal como acabas de ver, Frederic Haines nombra heredera universal a Leyla Mars, de profesión enfermera. Sus hijos obtendrán tan sólo las mandas legales para que no puedan reclamar ni impugnar estas últimas voluntades. Los sirvientes obtienen sustanciosas cantidades, superiores, en mucho, a lo asignado a los propios hijos..., lo cual hará que revienten de un colapso —terminó con un suspiro.

—Supongamos que no aparece esa mujer...

—Sigue leyendo, hay otra hoja más. Si Leyla Mars no aparece en el plazo de un año, o si se comprueba que está muerta, la herencia pasa a instituciones benéficas que nosotros deberemos designar como albaceas legales.

Paul dejó los papeles encima de la mesa. Sonrió entre dientes.

—Me gustará ver las caras de los hijos de Haines cuando llegue el momento de leerles todo esto... —Tendrás ese privilegio— gruñó Reel—. Y ahora, déjame trabajar y vuelve a tus investigaciones.

No me gusta nada tal como están las cosas.

—A mí tampoco si he decirle la verdad.

—Entonces, muévete. Quizá seas mejor detective que abogado...

McGee hizo una mueca, se levantó y salió del despacho, severo y oscuro, del viejo abogado que era su socio y jefe todo a la vez.

Gerty le hizo señas cuando pasó ante su mesa. Estaba hablando por teléfono y dijo:

—Un momento, no cuelgue; el señor McGee le atenderá

enseguida...

—¿Es para mí?

—Le paso la comunicación a su despacho.

Paul se dio prisa. Al descolgar el auricular, una voz que le pareció conocida crepitó en su oído.

—¡Ya era hora! Hombre, creí que no podría comunicar con usted...

—¿Con quién hablo?

—Jonston, el conserje. Usted me dejó su tarjeta, ¿recuerda?

—Sí. ¿Tiene noticias para mí?

—Seguro. ¿Y mis cincuenta dólares, qué?

—Se los mandaré si su información los vale.

—¡Ya lo creo que los vale! Tengo el nombre y la dirección de un tipo que se mordía las uñas de impaciencia por localizar a la señorita Mars.

—Ajá, voy a tomar nota...

—Se llama Bill Melton, y vive en Laurel Terrace, cincuenta. Tengo también el teléfono. Insistió en que le llamara si ella volvía. Dijo que no importaba la hora que fuera, de día o de noche podía telefonarle.

—Ha hecho usted una buena labor. Recibirá sus cincuenta dólares.

—¿Debo seguir avisándole si se presenta alguien más?

—Por supuesto.

—¿Y me pagará lo mismo?

—De acuerdo.

Colgó y abandonó la oficina como si le persiguieran.

Una hora más tarde estacionaba el coche delante del número cincuenta de Laurel Terrace. Era una retorcida calle residencial, en las colinas. La casa era grande y bien cuidada, y también el jardín aparecía cuidado hasta en sus menores detalles.

Paul se apeó del coche y caminó por un sendero de piedra rumbo a la entrada de la casa. A la izquierda había un amplio garaje, y delante de él un brillante Jaguar negro.

Antes de llegar a la puerta se desvió hacia el garaje. Al apoyar la mano sobre el capó del coche comprobó que estaba caliente.

Un hombre apareció a través de una ventana francesa que comunicaba la casa con el jardín por aquel lado de la casa.

—¡Eh! ¿Qué anda buscando ahí? —gritó.

—¿Usted es Bill Mentón?

—Seguro. Y usted, ¿quién demonios es?

—McGee. Soy abogado.

—¿Y qué? Nadie ha llamado un abogado.

Paul le examinó. Era un hombre alto y delgado, con facciones correctas, casi agradables.

Sin rodeos le espetó:

—Usted busca a Leyla Mars.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo también.

—¿Que usted también...? ¡Maldita sea, acláreme eso!

Se le aproximó belicosamente.

—Vamos —se impacientó—. ¿Qué es eso de que anda usted buscando a Leyla?

—¿Le dice algo el nombre de Frederic Haines?

—¿Haines? Sí...; es alguien para quien trabajó cuando yo salí de viaje.

—El señor Haines nos ha encargado localizarla.

—No entiendo nada.

—Tampoco yo entiendo por qué está usted tan impaciente por encontrarla, Melton.

—Aunque maldito si eso le importa, le diré que dentro de un mes, si ella no ha cambiado de idea, nos casaremos. Ése es mi interés.

McGee se quedó boquiabierto.

—¿Y hasta hoy no se le ha ocurrido empezar a moverse para saber dónde estaba?

—Llegué anoche de un viaje a Europa por asuntos profesionales. Intenté llamarla por teléfono, pero no lo conseguí, ni anoche ni esta mañana. Entonces decidí ir a su casa y... ¡Caray, ya lo entiendo! El portero le avisó. ¿Fue así como lo supo?

—Más o menos.

—Todo esto es para volverse loco. ¿Dónde está Leyla, ha logrado usted...?

—Nadie lo sabe. Desapareció hace más de dos meses, cuando la paciente que estaba cuidando en la casa de Haines murió.

—¿Se fue de viaje?

—Lo ignoro, aunque si se marchó de viaje lo hizo sin llevarse ni un cepillo de dientes.

—Cada vez lo entiendo menos. Yo salí del país un día después que ella fuera a trabajar a casa de ese Haines. Nos despedimos y ella no mencionó en absoluto que pensara abandonar la ciudad.

McGee se recostó contra la elegante carrocería del coche. Encendió un cigarrillo y por entre el humo comentó:

—Hay muchas cosas extrañas en torno a esa desaparición.

—Bueno, cuénteme, tengo derecho a saberlo... Ella es mi prometida.

Tras una vacilación, McGee le puso en antecedentes de la situación, sin omitir el intento de suplantación, pero no mencionó el asesinato del detective. Eso era algo que si se hiciera público hundiría su reputación como abogado, ya que su deber hubiera sido llamar a la policía en el momento en que lo encontró.

Melton había palidecido.

—Pero... todo esto es monstruoso. ¿Qué cree que le haya sucedido a Leyla?

—No lo sé. Tal vez esté muerta.

Melton dio un respingo. De un zarpazo le atrapó por las solapas, sacudiéndole.

—¡Maldito sea! ¿Qué le hace pensar eso?, ¿qué es lo que sabe usted, McGee?

—Quíteme las manos de encima. —¡Responda!

—Le digo que me suelte, Melton.

—¡Respóndame primero!

Le sacudió con más violencia. Paul suspiró. Disparó el puño derecho contra la barriga del histérico individuo. Le vio dar un salto atrás, encorvado, boqueando como un pez fuera del agua.

—No me gusta que me zarandeen, Melton; no debió hacerlo.

—¡Bastardo...! Le haré pedazos.

—Eso será en otra ocasión. Ahora pórtese con sentido común, si sabe lo que es eso.

Melton le miró echando chispas. Luego fue calmándose y al fin se irguió, respirando profundamente.

—¿De veras cree que está muerta? —balbució.

—Es sólo una idea. Se han tomado mucho trabajo para hacerme desistir de buscarla.

—Se me ocurre que pudo sufrir un accidente. ¿Preguntó usted en los hospitales? —No.

—¿Por qué?

—Porque si hubiera ingresado en un hospital, víctima de un accidente, y hubiese muerto allí, nadie tendría interés ahora en que no la buscara. Es más, apostarí a que quien sea que entorpece mi trabajo se habría dado prisa en hacérmelo saber.

—De todos modos lo intentaré. Iré personalmente a todos los hospitales de la ciudad, a la policía y a todas partes. Una mujer no puede esfumarse en el aire como un fantasma.

—Hágalo, me ahorrará trabajo. Y de paso, podría intentar localizar su coche también. Ya debe saber que es un Dodge azul, convertible.

—¡Claro que lo sé! ¿También ha desaparecido?

—Por lo menos yo no sé dónde está.

—Eso indicaría que ella se lo había llevado..., que estaría viajando...

Tal vez.

—Lo buscaré. Debo tener la matrícula en alguna parte...

—Avíseme si descubre cualquier cosa. Cambiaremos información si le parece.

—De acuerdo. ¿Dijo que se llama McGee?

—Paul McGee. Guarde esta tarjeta para saber dónde encontrarme.

Estaba a punto de despedirse, cuando Melton dijo:

—¿Dónde demonios aprendió a golpear de ese modo?

—Oh, eso... Me entreno de vez en cuando, sólo para estar en forma. Espero saber pronto de usted.

Se alejó, defraudado por el fracaso de una gestión en la que había cifrado más esperanzas. Mientras conducía de regreso al centro, cayó en la cuenta de que no había prestado la debida atención al coche de la enfermera desaparecida. Claro que para localizar un coche era imprescindible la ayuda de la policía. Pensó que de eso ya se encargaría Melton; no obstante había, algo que sí podía hacer.

Cambió de rumbo y enfiló la ruta que habría de llevarle a la residencia de los Haines.

## CAPÍTULO IX

Había dos coches parados delante de la casa, y la puerta estaba abierta de par en par. McGee paseó la mirada en torno. El sol arrancaba cegadores reflejos del agua de la piscina, pero no había nadie en todo lo que alcanzaba la vista.

Caminó por un sendero hasta la esquina del edificio. Vio un enorme garaje abierto. Dentro había un Cadillac negro y dos bonitos coches deportivos. Quedaba espacio para dos más.

Mientras estaba mirando vio aparecer a un hombre de mediana estatura proveniente de la oscuridad que reinaba en el fondo del garaje. Los dos quedaron mirándose.

Paul se dirigió hacia él. Vio que tendría alrededor de cincuenta años. Llevaba unos pantalones grises con un ribete negro y una camisa blanca con las mangas subidas más arriba del codo.

—Hola —exclamó—. ¿Trabaja usted aquí?

—Soy el chófer. No creo conocerle a usted, amigo.

—Trabajo para el señor Haines.

—No le había visto nunca por aquí.

—Soy abogado. En realidad, sólo estuve una vez, hace un par de días. Oiga, ¿qué pasa ahí dentro? El hombre suspiró.

—Está muriéndose.

—¿El señor Haines?

—Claro, el señor Haines. Hay dos médicos con él, pero no creo que puedan hacer nada esta vez. Hace poco hablé con Anthony, el mayordomo. El pobre viejo casi lloraba...; dijo que estaba acabándose.

—Creo que entraré, aunque con quien deseaba hablar era precisamente con el anciano. Pero ya que estoy aquí me gustaría hacerle un par de preguntas.

El chófer se quedó esperando, intrigado.

McGee prosiguió:

—Supongo que usted se ocupa de los coches de la familia...

—Naturalmente. Es mi trabajo.

—¿Recuerda usted el Dodge de la enfermera que cuidó al ama de llaves?

—Era un bonito coche; sí, señor. Lo limpié un par de veces durante el tiempo que ella trabajó aquí.

—Cuando la anciana ama de llaves murió, ¿recuerda si el coche estaba aquí?

—Seguro. La señorita Mars estuvo los dos últimos días sin apartarse del lado de la pobre Anna excepto para comer. Quiero decir que no salió de la casa para nada. Entré el coche en el garaje incluso...

—¿Se lo llevó ella, después que Anna hubo muerto?

—No acabo de entender qué... Bueno, debió llevárselo, porque a la mañana siguiente ya no estaba aquí.

—Pero usted no vio quién lo sacaba del garaje. ¿O sí?

—No. Todos andábamos un poco descentrados aquella mañana debido a la muerte de Anna. Todos la queríamos, ¿sabe usted? En una u otra ocasión había tenido incontables atenciones con todos nosotros...; era una mujer extraordinaria. Tan menuda que uno se preguntaba de dónde sacaba la energía. Una personilla insignificante, y ella sola manejaba toda la casa, Y no crea que es nada fácil.

—Hágame un favor. Entre en la casa y dígame al mayordomo que venga aquí discretamente. No me gustaría que los hijos del anciano advirtieran nuestros manejos.

El hombre titubeó. Comenzaba a escamarse.

Al fin asintió con un gesto y se fue.

McGee encendió un cigarrillo. Hubo de esperar más de diez minutos antes de que el anciano sirviente apareciera.

—¿Quería usted verme? —murmuró.

Tenía círculos azulados en torno a los ojos, y parecía haber envejecido todavía más desde la última vez que McGee le viera.

—Sí —dijo—, pero no me gustaría que nos descubrieran desde la casa. Entremos en el garaje si no le importa.

El viejo le siguió hasta la penumbra y allí se detuvo, junto a la

cola del Cadillac.

—¿Cómo está el señor Haines? —se interesó Paul.

—Los médicos dicen que no llegará a la noche.

—Lo siento...; lo siento mucho, Anthony. Usted debe llevar mucho tiempo a su lado, ¿no es cierto?

—Cuarenta años, señor.

—¿Sabe usted por qué su patrón me mandó llamar?

—Sí, señor. El mismo me habló de eso. Quería que usted localizara a la señorita Mars.

—Así es, aunque hasta ahora no he tenido éxito. Supongo que después que Anna murió, la enfermera no mencionó para nada que pensara emprender un viaje ni salir de la ciudad... —En absoluto. Estaba muy afligida, aunque serena. La muerte de Anna fue también un golpe para ella. Justamente aquella mañana parecía que se reanimaba un poco... y de pronto murió. La señorita Mars se cuidó de amortajarla y disponerlo todo, porque el señor Haines se negó a que ninguna empresa profesional se encargara de Anna. No permitió que nadie la tocara excepto la señorita Mars, de modo que el entierro salió de aquí, y no de ninguna funeraria.

—Y ella se marchó después del entierro, claro —aventuró Paul.

—¿La señorita Mars? Pues no lo sé...; no recuerdo haberla visto entonces. Todos andábamos un poco de cabeza, si me permite decirlo así.

—Trate de recordar, Anthony. Leyla Mars amortajó el cadáver de Anna. Eso debió ocurrir en la misma tarde en que murió. ¿No es cierto?

—Así fue; sí, señor.

—¿Y después?

—No sé...; debió marcharse, supongo. Ya no tenía nada que hacer en la casa digo yo.

—Así que aquella noche ya no la pasó aquí.

—No, estoy seguro que no. Lo recordaría.

—¿Tampoco vio el coche, el Dodge de la señorita Mars?

El anciano arrugó el ceño en un esfuerzo por recordar.

Acabó sacudiendo la cabeza.

—No, no recuerdo haberlo visto, aunque ella debió llevárselo cuando se marchó aquella tarde.

—Sin embargo, el chófer está casi seguro que por la noche el

Dodge estaba todavía en el garaje. —Es posible, señor. Ya le digo que no puedo recordar nada...; pero casi juraría que aquella noche la señorita Mars ya no estuvo en la casa.

—Eso es todo, Anthony. Creo que entraré ahora. ¿Están los hijos con el moribundo?

—Sólo las hijas, señor. El señorito Shorty se fue ayer y aún no ha regresado. Y su padre muriéndose...

El viejo se fue, meneando la cabeza con pesar.

McGee rodeó otra vez la casa y se detuvo en el umbral de la entrada. El vestíbulo estaba en penumbra a pesar de la luz del sol. Alguien había corrido las cortinas por completo.

Cuando entró oyó una exclamación a su izquierda, y al volverse descubrió a Helen, que salía de una sala.

—¡Usted! —jadeó la muchacha, rabiosa—. ¿Qué cree que está haciendo aquí?

—¿Qué pasa?, ¿tienes mala memoria, Helen?

—¡Bastardo!

—¿A qué viene eso?

—Lo sabes perfectamente. ¡Fuera de esta casa!

—Vine a ver a tu padre, no a ti.

—Ya deben haberte dicho que está en las últimas. No nos conoce siquiera a nosotros, de modo que tu trabajo aquí se acabó.

El esbozó una sonrisa burlona.

—¿Has tomado el mando por iniciativa propia, o ha habido un acuerdo tácito con tus hermanos? —Maldito si eso te importa, Paul McGee. Lo que sí debes saber, es que ya no le importa a nadie el paradero de esa mosquita muerta que andabas buscando. Puedes irte al diablo tú también.

—No corras tanto, Helen.

—Te advertí, el viejo tenía un pie en la tumba. Ahora tiene los dos metidos en ella hasta el muslo y no vas a sacar un centavo más de nuestro dinero. Nombraremos otros consejeros legales y tú podrás irte al infierno. Tal vez allí puedas revolearte con otra incauta.

—Tú no tienes nada de incauta, preciosa. Y tampoco me parece que experimentes un gran dolor por la agonía de tu padre.

—¿Qué esperabas, verme derramar lágrimas? Lárgate al diablo de aquí, picapleitos, No sacarás más dinero de nuestra fortuna.

—Se me ocurre que estás vendiendo la piel del oso antes de haberlo cazado, Helen.

—¡Fuera!

—Ya me voy, no te pongas histérica.

Cuando se dirigía a la puerta oyó rumor de voces en lo alto de la escalera. Helen se desentendió de él y se precipitó escaleras arriba.

Dos hombres aparecieron en lo alto. Helen habló con ellos un momento y luego desapareció. Al descender, Paul reconoció al doctor Loomis y esperó.

El médico también le descubrió al llegar abajo. Señaló por encima de su hombro y anunció:

—Acaba de morir. ¿Localizó usted a la enfermera Mars?

—Aún no.

—Bien, creo que ahora ya no hay razón para que siga buscándola. El anciano ha muerto. —Esbozó una sonrisa irónica y añadió—: Me parece que sus herederos no tendrán el más mínimo interés en encontrarla.

Sin otro saludo, los dos salieron de la casa hablando animadamente.

McGee les siguió. Esperó a verlos alejarse en sus coches y sólo entonces atravesó el porche encaminándose a su auto.

Desde allí contempló la casa, enorme, semejante a un palacio como ya no se construían en la actualidad. El sol daba de lleno en la fachada y los cristales de sus numerosas ventanas brillaban bajo su luz. Debía costar una fortuna mantener aquella monstruosidad.

Mientras estaba parado allí, tratando de decidirse a entrar en el coche y largarse, vio abrirse una ventana del piso y una muchacha se asomó a ella, haciéndole señas.

No la había visto nunca. Ella parecía indicarle que se esperaba. Asintió y la ventana volvió a cerrarse.

McGee encendió un cigarrillo y recostándose contra la carrocería aguardó, intrigado.

Tras él chirriaron las ruedas de un coche sobre el paseo de grava. Al volverse vio llegar disparado un «Austin Healey» deportivo, de dos asientos que frenó tan brutalmente que patinó en la gravilla y casi quedó atravesado en la plazoleta.

Un tipo alto saltó por encima de la portezuela y corrió hacia la casa sin prestarle la menor atención. Era joven, estaba muy pálido y

todo lo que pudo captar de él fueron los oscuros círculos en torno a sus ojos, como si no hubiera dormido en una semana.

El hombre desapareció dentro de la casa. Paul caminó hasta el hermoso bolido rojo. Estaba cubierto de polvo, incluso en su costosa tapicería de piel.

Oyó pasos que se acercaban. Volviéndose, vio llegar a la muchacha que le hiciera señas desde la ventana. Era muy joven, no tendría más de veinte años, pero en sus ojos parecía aletear la vidriosa experiencia de una anciana.

—Ése es el cacharro de Shorty. ¿Le gusta? Yo tengo otro parecido —cacareó, parándose junto a Paul.

—Shorty... Supongo que es el individuo que ha llegado con tantas prisas.

—El siempre tiene prisa por llegar a ninguna parte.

—Vaya, qué cosas. Y usted, ¿quién es?

—Puede llamarme Dolly.

—Y supongo que su apellido también es Haines...

—Claro.

—La hermana pequeña. Era la que me faltaba conocer.

Ella se echó a reír. Llevaba unos pantalones tan ajustados que parecían una segunda piel, se le incrustaban en los muslos golosamente. Su camisa floreada era masculina, pero lo que la abultaba por delante no tenía nada de masculino.

McGee se fijó en sus ojos. Le preocupaba aquella mirada fija, insistente y extraña.

—El doctor me dijo que el señor Haines había muerto. Pero tampoco usted parece muy apenada, ¿eh?

—El viejo roñoso... era un maldito gruñón.

—Vaya. Tampoco Helen parecía dispuesta a derramar lágrimas.

—Helen...; ¿conoce a Helen?

—Un poco.

—¿Cómo se llama usted, abogado?

—McGee.

—De nombre quiero decir.

—Paul.

—Muy bien, Paul. Llévame al centro, no tengo ganas de conducir.

—¿Va a marcharse de la casa «ahora»?

—¿Por qué no?

El se encogió de hombros. La muchacha se instaló a su lado en el coche y emprendieron la marcha.

Por el espejo retrovisor, McGee aún pudo captar una fugaz visión del porche, y de Helen, que salía precipitadamente agitando los brazos como si quisiera detenerlos.

Aceleró y pasó la verja como una bala.

## CAPÍTULO X

—Pare ahí, Paul.

El la miró por el rabillo del ojo. Estaban en lo alto de la colina, en un amplio recodo de la carretera.

Al otro lado se extendía la ciudad cubierta por una ligera bruma.

El metió el coche en el arcén y apagó el motor.

¿O Quiere apearse aquí?

Ella sacudió la cabera. Su negra melena osciló como una bandera.

—No. Déme un cigarrillo.

Encendió otro para él y esperó. La muchacha se había recostado en el asiento y tenía la mirada perdida más allá del parabrisas. Sus ojos seguían pareciéndose a dos pedazos de cristal.

De pronto, Dolly le espetó.

—¿Se ha acostado con Helen alguna vez?

La sorpresa le dejó mudo. Luego gruñó:

—Ésa es toda una pregunta.

—¿Lo hizo?

—No.

Ellaladeó la cabeza y le miró a la cara. Estaba tensa.

—No le creo. Helen no dejaría escapar la ocasión de hacerlo con un tipo como usted. —Maldito si veo a donde quieres ir a parar.

—Mi hermana es más vieja que yo. ¿Sabe qué edad tiene? ¡Veintiocho años!

—Casi una anciana —rezongó McGee.

—Yo tengo veinte apenas.

—¿Y...?

—Sé hacer más cosas que ella.

Paul empezó a preocuparse. La voz de la muchacha tenía una

tonalidad neutra, monótona.

—¿Quieres decir que tienes más experiencia?

Ella chupó el cigarrillo y le tiró el humo a la cara.

—Ya puedes jurarlo. A mí me gusta todo.

—Dime una cosa. ¿Qué has tomado?, ¿ácido?

—Eso es una mierda. Sólo un poco de *nieve*.

—Ya... Creo que voy a llevarte de vuelta a casa, nena.

—No quiero volver allí ahora. Vamos a la tuya. Lo pasaremos en grande tú y yo.

—Tienes ideas fijas, ¿eh?

—¡Y qué ideas! —rió bobamente antes de añadir—: Las pondremos en práctica en tu cama.

—Olvídalo. Vamos a volver.

Hizo ademán de poner el motor en marcha. Ella se revolvió y con un gesto veloz como el ataque de una serpiente le aplastó el cigarrillo encendido contra la mano que tenía apoyada en el volante. McGee dio un grito. Sacudió la mano y vio la profunda quemadura, y casi con el mismo movimiento le soltó tal bofetada que la muchacha rebotó contra la portezuela.

—¡Maldita idiota! ¿Qué infiernos te ha dado?

—¡No vuelvas a hacer eso! ¿Lo oyes? ¡No vuel...!

Él le descargó un revés que le hizo girar la cabeza a un lado.

Sólo que entonces sucedió algo que él no había podido sospechar. La muchacha lanzó las manos contra su cara, y eran unas manos engarfiadas, convertidas en garras de afiladas uñas. Una espuma sucia apareció en las comisuras de sus labios y rugió:

—¡Te mataré, hijo de perra...; te mataré...!

A duras penas logró atraparla, pero no antes de que las uñas abrieran profundos surcos a un lado de su cuello. Forcejeó con ella, asustado, porque el rostro de la muchacha se había transformado en una espeluznante máscara de odio.

Forcejearon como locos en el reducido espacio del asiento. Ella barbotaba insultos y frases sin sentido que él apenas podía entender.

Estaba igual que loca y su fuerza, en ese paroxismo de violencia, no tenía nada que envidiar a la de un hombre.

El volante estorbaba a McGee para moverse, así que la empujó hacia el otro extremo del asiento. Casi la aplastó bajo su peso, y por

un instante pareció como si quisiera poseerla en aquella violenta posición.

Ella dejó de forcejear inesperadamente. Rechinó los dientes y jadeó:

—¿Quieres hacerlo, aquí, en el coche?

Paul aprovechó para disparar la derecha y el puñetazo la alcanzó de lleno en el mentón. Sonó un crujido, sus ojos giraron en las órbitas y todo el tenso cuerpo se desmadejó entre sus manos.

Resoplando como un fuelle, el abogado se echó atrás. Notaba un sudor helado deslizarse por su espalda.

—Toda una familia hogareña —rezongó, enfurecido.

Hizo dar media vuelta al coche y emprendió el regreso a toda velocidad.

\* \* \*

Helen apareció en la puerta apenas hubo detenido el coche. El se apeó. Tenía sangre en el cuello y en la mano. Helen palideció y bajó los escalones del porche a saltos.

—¿Qué ha sucedido?

—Tienes una hermanita que es toda dulzura, eso es lo que pasó.

Helen metió medio cuerpo dentro del auto. Cuando se irguió sus ojos despedían chispas.

—¿Qué le hiciste?

—Sería más apropiado preguntar qué intentó hacer ella.

Helen le miraba fijamente. Era una mirada cautelosa, astuta. El casi pudo leer sus pensamientos; sin embargo, esperó hasta que ella dijo:

—Quizá Dolly sólo se defendió... Sí, eso debe haber pasado. Trataste de abusar de mi hermana y ella apenas tiene dieciocho años. Paul, eso te va a costar muy caro.

El enseñó los dientes en una mueca.

—Inténtalo y verás lo que ocurre. Tu hermana está más loca que un chivo, y encima se droga. Lleva en el cuerpo tanta cocaína que apenas puede con ella. Trata de achacarme la más mínima cosa y le echaré encima tantos psiquiatras que necesitará diez años para sacudírselos. Y quizá bajo la presión de los médicos y del detector de mentiras, nos diga algo sobre el paradero de Leyla Mars también.

Helen, roja de cólera, luchó por contenerse.

—No sigas con eso, bastardo. El viejo ha muerto. ¿Quién crees que va a seguir pagando a la firma Reel y McGee? No seremos nosotros, desde luego.

—Saca a tu hermana de ahí antes que se me acabe la paciencia. Empiezo a sentir náuseas con el apellido Haines. ¡Vamos, sácala de mi coche!

—Hazlo tú, ya que la trajiste. Haré que te arrepientas de esto, picapleitos.

—Ojalá lo intentes.

McGee atrapó el cuerpo desmadejado de la más joven de las Haines, tiró de ella y la sacó del coche como si se tratara de un saco de patatas. Una vez fuera la soltó, dejándola caer sobre la grava. Helen boqueó, incapaz de hablar bajo la presión de la ira. Paul rodeó el coche y se instaló ante el volante. Puso el motor en marcha, y antes de partir aún dijo:

—Quítate de la cabeza la idea de que, muerto tu padre, ya no buscaré a la enfermera... A propósito, ¿sabías que iba a casarse el mes que viene?

Aceleró y las ruedas chirriaron sobre la grava. Oyó un grito de Helen allá atrás, pero ya no le hizo caso.

Vaya familia, reflexionó.

En su oficina, los pasantes habían salido a comer y tan sólo Gerty estaba pegada a su máquina de escribir. La secretaria le lanzó una mala mirada antes de soltarle:

—No hago más que esperar que aparezca usted, señor McGee.

—Le dije una vez que me llamara Paul, ¿recuerda?

—El señor Reel no lo permitiría nunca... A propósito, dijo que le llamara a primera hora de la tarde. También le llamó un tal Melton, Bill Melton. Dejó una dirección para que usted fuera a reunirse con él. Otro individuo estuvo intentando localizarle, pero ése no quiso dejar su nombre.

—¿Eso es todo?

—También ha telefoneado Helen Haines. Parecía nerviosa.

El enarcó las cejas.

—¿Cuándo se recibió esa llamada?

—Oh, hace poco...; quince minutos. Tampoco dejó ningún recado.

—Bueno; gracias, Gerty. Es usted una perla.

—Ya oí esa canción antes —rezongó la mujer, dejándole solo.

Paul consultó un número de teléfono, lo marcó y cuando respondieron dijo:

—Aquí McGee. ¿Me llamó usted antes?

—Seguro que sí. ¿Cómo lo supo? —preguntó la voz del conserje del edificio donde vivía Leyla Mars.

—Usted no quiso dejar nombres. Nuestros clientes no suelen hacer eso. ¿Qué tenía que decirme?

—Aún no recibí sus cincuenta dólares.

—Lo olvidé, estuve muy ocupado. Pero esta tarde se los enviaré por medio de un empleado de la oficina.

—Bueno, será mejor que me mande cien. Tengo otra pista.

—Ajá.

—Un tipo alto, delicado, bien vestido. No entró, sólo estuvo merodeando por los alrededores hasta que me llamó la atención. Dio un par de vueltas al edificio, se paró al otro lado de la calle, fumó un puñado de cigarrillos y parecía más nervioso que un gato...

—¿Y...?

—No hacía más que mirar las ventanas del apartamento de la señorita Mars.

—¿Qué más sabe de él?

—Si se refiere a su nombre, lo ignoro. Pero tengo la matrícula de su coche. Le seguí hasta la esquina cuando se marchó. Allí tenía estacionado su auto... Uno de esos coches deportivos importados de Europa, rojo, descapotable y con neumáticos de banda blanca. Espere que busque la matrícula...; la anoté en alguna parte.

—No hace falta, amigo. Sé de quién se trata. Ha vuelto a hacer usted un buen trabajo.

—Así, ¿cuento con los cien pavos?

—Se los mandaré esta misma tarde.

—¿Y continuó vigilando?

—Naturalmente que sí.

—¿Sabe una cosa? Eso está resultando una mina...

McGee colgó, intrigado. No comprendía las razones de la absurda actitud de Shorthy Haines, dando vueltas en torno al edificio y vigilando el apartamento de la enfermera...

O quizá sí...

Dio un salto hacia la puerta, excitado.

De pronto volvió atrás, buscó las notas de Gerty y se apoderó del recado dejado por Bill Melton.

Echó a correr hacia la puerta y salió zumbando.

## CAPÍTULO XI

El conserje sacudió la cabeza, dubitativo. Miró los cien dólares que Paul había depositado sobre el pequeño mostrador, se rascó la coronilla, rezongó y al fin dijo:

—De todos modos, no entiendo por qué quiere usted volver a entrar en el apartamento. Estoy seguro de que ella no regresó, así que todo debe seguir igual.

—Eso es justamente lo que quiero comprobar.

El hombrecillo se embolsó los billetes. Con un suspiro se rindió.

—Bueno..., voy a hugarme el empleo otra vez.

Atrapó la llave maestra y ambos tomaron el ascensor.

El apartamento continuaba como lo vieran la primera vez, sumido en penumbra y cubierto de polvo.

—¿Y ahora qué? —Gruñó el conserje—. Todo está en orden.

—Mire, amigo. Ese hombre en la calle vigila estas ventanas. No intentó entrar en ningún momento; no hizo nada, sólo vigilar.

—¿Y qué? Tal vez estaba chiflado.

—Lo dudo.

McGee entró en el dormitorio. Sobre la cama había unas arrugas que rompían la simetría de la colcha. No recordaba haberlas advertido en su primera visita.

El hombrecillo se quedó en la puerta, inquieto y más nervioso que un gato.

El abogado abrió el armario. No pudo contener un suspiro cuando descubrió los colgadores vacíos. Algunos de los vestidos habían desaparecido. Luego, en el altillo, vio que también faltaban las maletas.

Se encaró con el conserje.

—¿Hay otra salida además de la puerta principal?

—Claro, la de atrás.

—Por allí se llevó el equipaje.

—¿Qué, quién...?

—Alguien entró aquí, llenó las maletas y se largó. Eso era lo que el tipo que usted vio vigilaba, que nadie sorprendiera a su socio.

El hombrecillo soltó tal juramento que McGee parpadeó.

—¡Usted dijo que sabía de quién se trataba! —chilló fuera de sí —. Hay que avisar a la policía ahora mismo.

Paul le empujó hacia la puerta.

—No tan rápido, amigo. Habrá tiempo de hacerlo cuando yo lo decida.

—¡Oiga...!

—Además, sí llama a la policía ya no será necesario que usted siga vigilando por mi cuenta. No habrá un dólar más. Ese argumento le convenció, pero de todos modos cuando el abogado partió el hombre aún seguía rezongando, preocupado e inquieto.

\* \* \*

La dirección que Bill Melton diera a Gerty por teléfono correspondía a un negocio de compra y venta de coches usa dos. Docenas de carrocerías brillaban al sol en la gran explanada, y un arco sobre la entrada pregonaba que aquél era el negocio de Al Greeley *el Honesto*.

El corazón le dio un vuelco en el pecho a Paul. Se internó entre los coches expuestos al aire libre y llegó a una oficina destartada, al fondo del solar. Un hombrecillo con cara de ratón, ojos codiciosos y que masticaba un cigarro apagado apareció rotando.

—Hola, hola —cacareó—. No me lo diga, amigo. Necesita usted el mejor coche del mercado y...

—Eche el freno. Busco a un amigo mío. Dijo que estaría esperándome aquí. Su nombre es Melton.

—¡Oh, sí, el simpático señor Melton! Telefoneó desde mi oficina, pero no pudo seguir esperándole. Sin embargo, no se preocupe; él ya eligió el coche que le interesaba, aunque quería que usted le diera un vistazo antes de decidirse. Por aquí, sígame. Me llaman El Honesto Greeley, y le doy mi palabra de que el coche es una joya. Casi nuevo, no le digo más.

Se detuvo delante de un hermoso «Dodge» azul, de dos puertas, convertible. Los cromados brillaban recién limpiados.

—¿Eh, qué le parece? Casi nuevo. ¿Qué digo casi? Nuevo a secas, ni más ni menos. ¿Sabe cuántos kilómetros ha hecho? ¡Apenas quince mil! Sólo el rodaje prácticamente. Su amigo casi se cayó de espaldas al verlo.

—Lo creo —masculló McGee, reflexionando a toda presión.

—¿Y el precio? ¡Ah!, ¡el precio! Un regalo, amigo, un auténtico regalo. Y puede usted probarlo si lo desea. El motor funciona como un reloj suizo. Ni se oye. Nada de vibraciones, nada de...

—Me gusta —le interrumpió Paul—. ¿Cómo quedó con mi amigo?

—Dijo que se pondría en contacto con usted para decidirse. Al parecer usted entiende de coches y quería su consejo.

—Le diré que lo compre.

El hombrecillo se frotó las manos.

—El tenía razón, usted es un experto —cacareó con entusiasmo—. En cuanto al precio...

—Eso habrá de discutirlo con él. Yo me limitaré a aconsejarle. Pero antes quisiera estar seguro de que no tendrá ninguna clase de problemas legales. Soy abogado, ¿comprende?

—Por supuesto.

—Celebro que lo comprenda usted. Hoy en día hay que andar con pies de plomo... Por ejemplo, ¿a quién pertenecía este coche?

—A una mujer. Por eso debe llevar tan pocos kilómetros. Apostaría que sólo lo sacaba para ir de compras...

—Supongo que todos los documentos estarán en regla.

—Puede verlos si lo desea.

—Lo deseo.

Fueron a la oficina. McGee pudo comprobar que aparentemente no había ninguna duda respecto a la compra venta del «Dodge». Leyla Mars lo había vendido a Alfred Greeley y firmado de su puño y letra.

—Bueno, eso lo aclara todo —suspiró—. Está en regla. Pero yo conocí hace tiempo a una mujer llamada Mars... Leyla Mars... Estoy casi seguro de haberla conocido. Era enfermera.

—¡La misma! Ella me dijo que era enfermera, y uno de los documentos que mostró era su carnet profesional.

—¿Lo vio usted?

Greeley simuló escandalizarse.

—¡Por favor! No iba a obligarla a identificarse tan a fondo como un delincuente. Pero se ofreció a enseñármelo, eso fue lo que hizo.

—Una gran chica, a menos que se trate de otra y yo esté confundido. Tiene los ojos azules, profundos. Unos..., este..., unos senos grandes y atrevidos, ¿eh?

El hombrecillo le hizo un guiño de complicidad.

—¡Ya lo creo que son atrevidos! Es toda una mujer, se lo digo yo.

—El cabello casi pelirrojo, tirando a rubio...

—¡Exacto, sí, señor!

McGee suspiró.

—No he conocido a muchas como ella.

Volvió a examinar los papeles. Vio que la operación de venta se había efectuado casi un mes antes. Tomó nota mentalmente de la fecha y luego sacó un talonario de cheques.

—Voy a dejarle una paga y señal —dijo—. Quiero que guarde el coche hasta que mi amigo o yo podamos pasar a recogerlo. Entonces le será abonado el resto.

—¿Al contado?

—Por supuesto.

*El Honesto* Greeley destilaba miel por cada poro mientras seguía los movimientos de la mano que rellenaba el cheque.

—Aquí tiene —anunció McGee—. Quinientos dólares. Desearía que, hasta tanto no vengamos a por el auto, pudiera guardarlo en un algún lugar cubierto, señor Greeley.

—Lo haré, tengo un garaje ahí atrás. Lo conservaré brillante como una joya que es...

Pero el abogado ya se alejaba después de embolsarse el recibo por el importe de la paga y señal.

## CAPÍTULO XII

La muchacha abrió la puerta y dio un respingo al reconocer a Paul.

—¡Tú! —exclamó—. Entra, no te quedes ahí... ¿Por qué no me avisaste que venías?

—Fue una idea repentina.

Tan pronto hubo cerrado, Ibis le rodeó el cuello con los brazos y estampó su boca contra la de él. McGee se quedó un instante sin aliento. Sintió la punta llameante de su lengua abrirse paso entre sus dientes y se echó atrás, mirándola fijamente.

Ibis le soltó, sorprendida.

—¿Qué te pasa? —Runroneó—. Estamos solos, si es eso lo que te preocupa. Mi amiga no viene a casa hasta la noche... —No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué?

—Me tomaste por idiota, Ibis. —¿De qué estás hablando?

—Del coche. Del «Dodge» azul.

Ella retrocedió un paso. El color huyó de sus mejillas.

—Así que también eso has descubierto —susurró.

—Debiste decírmelo, confiar en mí. Pero quisiste dártelas de lista y eres una pobre tonta. Ese coche puede llevarte a la cárcel por tantos años que tendrás canas cuando salgas de ella.

—¡Paul!

—¡Oh, deja eso! No tuviste suficiente con usurpar la personalidad de Leyla Mars para engatusarme, que tuviste que hacerte pasar por ella para vender su propio coche. ¿Qué tienes en la cabeza?, ¿serrín?

Las piernas le temblaban y hubo de sentarse en una butaca. Se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar violentamente.

El esperó, ceñudo. La quemadura de la mano le dolía como el

infierno y sentía la piel del cuello tirante y dolorida.

Al fin gruñó:

—Con lágrimas no arreglarás nada.

Ibis levantó la cabeza. Su cara era un espectáculo lamentable.

—¿Qué puedo hacer? —sollozó.

—Hablar.

—¿Y después?

McGee se encogió de hombros.

—No lo sé. No sé qué voy a hacer contigo.

—Fue Harry Peters quien lo dispuso todo. Los documentos estaban en el coche... y dijo que su propietaria había huido llevándose joyas de alguien para quien estuvo trabajando. El pensó sacar provecho con la venta del auto... Se quedó con todo el dinero y a mí me pagó doscientos dólares por hacerme pasar por Leyla Mars y venderlo. —Lo que dije, tienes serrín en la cabeza. ¿Y después?

—Después nada. Pasaron días sin que volviera a saber de él, hasta que me llamó, apurado, me pidió una fotografía y me dijo lo que debía hacer contigo, para que dejaras de buscar a esa enfermera.

—¿Qué más?

—Ya no hay más, Paul; créeme...

El se dirigió a la puerta y dijo como despedida:

—Si puedo te mantendré al margen de esto, sino... lo pasarás muy mal.

—¡Paul, no te vayas así, espera! El salió y cerró de un portazo.

\* \* \*

Bill Melton se levantó de un salto cuando Paul entró en las oficinas. Gerty dijo:

—Insistió en esperarle...; es el señor Melton, ya le hablé de él.

—Le conozco. Venga a mi despacho, Bill.

—¡El señor Reel desea verle! Preguntó por usted hace rato.

—Dígale que iré dentro de unos minutos. ¿Está enterado de que el viejo Haines murió?

—Alguien llamó por teléfono y se lo dijo.

—Bien.

Cuando cerró la puerta de su despacho privado, McGee sacudió la cabeza.

—Estoy asombrado, amigo. ¿Cómo localizó el coche?

—Fue pura suerte. Yo no creí que ella se hubiera marchado de viaje, así algo raro estaba sucediendo. Pensé que el coche debía estar en alguna parte y si ella se encontraba en apuros tal vez lo hubiera vendido. Así que empecé a recorrer negocios de compraventa. En el quinto que visité di con el «Dodge».

—Hizo una buena representación con el vendedor. Claro que yo no me quedé atrás.

—¿Y el coche?

—Se quedó allí. Pagué quinientos dólares por la opción de compra.

—Pero ¿por qué tuvo que vender el coche? Ella estaba encariñada con él... Era el primer auto nuevo que poseía en su vida.

—Amigo, Leyla no vendió ese coche.

—¿Cómo que no? Yo vi los documentos, estaban en regla.

—Menos la firma. Fue otra mujer quien la estampó.

Melton quedó lívido.

—¿Está seguro?

—Sé incluso quién es esa mujer, aunque de momento no tiene mayor significado para el caso. Ella se limitó a actuar como intermediaria.

—Entonces..., entonces, Leyla...

—Melton, creo que va siendo hora de que admita la idea de su muerte... Quiero decir que yo creo que está muerta.

—No comprendo... ¿Qué es lo que usted sabe y que yo ignoro?

—Vamos a ver a mi socio. Eso me ahorrará repetir la historia dos veces. Aunque debo hacerle notar que se trata tan sólo de una teoría sin la menor base sólida. No hay ni una prueba, ni un individuo que pueda ser utilizado en una acusación.

—No comprendo...

—Venga conmigo.

El viejo Reel levantó la cabeza al entrar ellos en su sombría oficina.

—Ya era hora de que...

—Sé de memoria todo lo que va a decirme —le atajó Paul, sonriendo—. Éste es Bill Melton, el prometido de la enfermera Mars,

señor. Iban a casarse el mes que viene.

—¿Cómo está usted? Y tú, espero que tengas noticias concretas. ¿Te has enterado de la muerte de Frederic Haines?

—Yo estaba en aquel caserón cuando murió.

—¡Oh, ya veo! Bien, siéntese usted, Melton. Y tú, a ver qué tai trabajo hiciste hasta ahora.

—No muy bueno, ciertamente. Pero mi convicción es que la enfermera está muerta.

Reel pegó un brinco en el sillón.

—¿Muerta? Tú estás loco...

—Desapareció la misma tarde en que la vieja ama de lia ves de Haines murió. Sin embargo, aquella noche el coche de Leyla Mars aún estuvo en el garaje de la residencia. Alguien lo sacó antes del amanecer, porque por la mañana ya había desaparecido. Y casi un mes más tarde, alguien, haciéndose pasar por la enfermera, lo vendió.

Reel se quedó boquiabierto. Su mirada saltó de uno al otro de los dos hombres, sorprendiéndose ante el lívido semblante de Melton.

—Continúa —gruñó—. Pero quiero hacerte notar que si hay algo difícil en este mundo, es hacer desaparecer un cuerpo humano. ¡Y empieza por el principio!

—Le repito que son sólo suposiciones.

—Eso es mejor que nada. Al grano.

McGee carraspeó.

—En primer lugar —dijo—, hay que tener en cuenta el ambiente reinante en el palacio de los Haines. Un anciano casi imposibilitado, aunque con la mente despejada y aguda. Un hijo y dos hijas degenerados, llenos de ambición por heredar la fortuna de su padre, y una de ellas, la más pequeña, embrutecida por las drogas y con el cerebro desequilibrado. Eso lo sé por experiencia. Ella me hizo estas «caricias».

Mostró la quemadura y los arañazos del cuello. Luego prosiguió:

—Me consta que odiaban al ama de llaves porque temían que su padre la hubiera incluido en su testamento. La detestaban. Así, cuando enfermó, y agravó hasta el extremo de que su vida se extinguía, respiraron aliviados. Entonces, su padre hizo acudir una enfermera, Leyla Mars.

—Continúa, eso ya lo sabemos.

—Sé que antes de morir, aquella misma mañana, el ama de llaves se reanimó considerablemente. Todos concibieron la esperanza de que superara la crisis. Todos, menos los herederos del viejo, por supuesto. Luego, a primera hora de la tarde, murió de repente.

—¿Y...?

—Bueno, si seguía viviendo y moría primero el anciano Raines. Anna podía heredar una parte de la fortuna. Haines sentía un gran cariño por ella. Había estado a su lado más de cuarenta años, lo mismo que el mayordomo.

—Temo comprender a dónde quieres llegar —refunfuñó el viejo abogado.

—Me parece a mí que es sumamente fácil colocar una almohada sobre la cara de alguien tan débil como el ama de llaves y apretar hasta que deje de respirar.

Calló y hubo un profundo silencio.

Después McGee añadió:

—Debe ser tan fácil como respirar. Por otra parte, el ama de llaves era una mujer menuda, aparentemente muy poquita cosa. Después de su larga enfermedad debía tener menos fuerzas que un gatito recién nacido.

—Ya veo.

—Debieron aprovechar una breve ausencia de Leyla Mars para hacerlo, porque ella apenas se apartaba de la enferma. Sin embargo, tal vez Leyla advirtió algo sospechoso, o el rostro de la anciana estaba amoratado... Nunca sabremos la verdad, pero debió entrar en sospechas. De cualquier modo, podía echarlo todo a perder, así que murió.

—¿Cómo?

—No tengo la menor idea.

Reel resopló.

—Tú eres abogado. ¿Qué crees que puedes hacer con todo esto?

—Nada.

—Ahí tienes.

—Pero no he abandonado el asunto todavía, señor. Quienquiera que sea el asesino, se encontró entonces con dos cadáveres entre manos. El de la anciana, por el que no debía preocuparse, y el de

una mujer fuerte, alta, joven y que era preciso hacer desaparecer.

—Ni más ni menos. Ya te dije antes... Ni los asesinos profesionales saben cómo desembarazarse de un cuerpo humano. Y hasta ahora, tus sospechas se encaminan a un miembro de la familia, tal vez una mujer, inexperta y aturdida con seguridad por lo que había hecho. ¿Cómo piensas que pudo desenvolverse?

—No lo sé.

Melton ahogó un quejido. Todo aquello, tratándose de la mujer con la que había pensado casarse, le dolía como un desgarrón en las entrañas.

—Pero lo averiguaré —rezongó Paul entre dientes, más sombrío que a su llegada—. ¿Cuándo se celebrará el entierro del señor Haines?

—Mañana al mediodía.

—Entonces, es posible que después del sepelio pueda decirle a usted cómo lo hicieron, señor.

—Más claro, Paul.

Éste se levantó.

—Temo que no le gustaría saber lo que pienso hacer...; así que es mejor que lo ignore. Vámonos, Bill.

—¡Maldita sea, espera un minuto! ¿Lo oyes? ¡Paul!

Pero la puerta ya se había cerrado detrás de los dos hombres. La única que le hizo caso, como de costumbre, fue la paciente Gerty...

## CAPÍTULO XIII

El mayordomo dijo con voz que temblaba:

—Estoy solo en la casa, señor. Todos han asistido al entierro... Yo..., yo no hubiera podido...

—Le comprendo, Anthony —dijo McGee.

El viejo apenas si dedicó una mirada al pálido rostro de Bill Melton cuando les cedió el paso. Entraron en la gran casa y Paul no se anduvo por las ramas.

—Anthony, creemos que hubo algo extraño en la muerte de la vieja ama de llaves. Y todavía más extraña fue la desaparición de la enfermera aquella misma tarde, después de haber amortajado el cadáver.

—Pero eso sería..., sería...

—Un crimen. O tal vez dos, ciertamente. Recuerde aquellos días... El señor Haines estaba muy débil, y esta inmensa casa debía ser muy fría casi tres meses atrás. ¿No es así?

—Aunque no hiciera frío había que calentarla por él. El señor Haines no soportaba el frío. Sus hijos protestaban por el calor, pero él era inflexible. La temperatura siempre era muy alta aquí dentro.

McGee suspiró.

Melton contuvo el aliento. Dijo con voz que apenas fue un suspiro:

—¡La caldera de la calefacción!

—¡Cálmese!, es sólo una posibilidad. ¿Podemos ver la caldera, Anthony?

El anciano se irguió. Sus ojos estaban enrojecidos. Sin duda había llorado. Pero ahora empezaban a destellar con resolución.

—Señor, si alguien hizo daño a Anna, yo... quiero que lo pague. Síganme.

Descendieron a un sótano tan grande como todo el perímetro de la casa.

Había dos inmensas calderas, una para la calefacción y otra para el agua caliente. Esta última, un poco menor, estaba encendida. La de calefacción había sido limpiada y estaba fría.

—Dejó de funcionar hace apenas un mes —explicó el mayordomo.

Melton barbotó:

—Aquí no cabe un cadáver, McGee; aunque sea una caldera tan enorme... No quiero pensar que..., que la descuartizaron para meterla ahí dentro.

—No, yo tampoco creo que hicieran eso.

—Entonces, no pudieron quemarla. Leyla era alta y desarrollada.

—Creo que alguien mató impulsado por la desesperación; pero se necesita un estómago especial para descuartizar un cadáver, Melton.

—¿Entonces...?

—No lo sé. No diga una palabra a nadie de todo esto, Anthony. Le aseguro que el asesino pagará lo que hizo. Se lo garantizo.

—Cuente conmigo, señor. Para todo cuento precise. Yo... Todos queríamos a Anna. Y la señorita Mars, en el poco tiempo que la cuidó...

Su voz se quebró y dio media vuelta para que no le vieran las lágrimas. Les precedió arriba y una vez fuera Paul se encaró con Melton.

—Usted parece alguien importante. Viajes a Europa, dinero... ¿Tiene también influencias en esta ciudad?

—Casi a cualquier nivel. ¿En qué está pensando?

—Va usted a echar mano de esas influencias. Quiero una orden de exhumación de un cadáver, y la quiero para hoy, Melton.

—¿Está pensando...?

—El cadáver de la vieja Anna. Si la mataron, el forense lo descubrirá.

—Ya veo. Pero ¿y Leyla?

—Amigo, cada cosa a su tiempo.

Los ojos de Bill Melton lanzaron destellos de cólera.

—Si sólo está dando palos de ciego, McGee, recuérdeme que le debo un puñetazo.

—No habla en serio... ¿O sí?

Pero Melton ya había entrado en el coche.

\* \* \*

Estaban allí el forense, dos oficiales de policía y un representante del juez, además de los empleados del cementerio.

McGee hubiera querido mantener a la ley apartada del caso hasta que hubiera tenido éste solucionado, porque si se equivocaba iba a verse metido en el peor lío de su vida.

A su lado, Melton casi daba saltos de excitación.

A una seña del representante del juez, los dos sepultureros procedieron a abrir la tumba. El tiempo se alargó y el sol fue a ocultarse detrás de las montañas, como si no quisiera ser testigo de semejante profanación.

Al fin, el ataúd apareció. El viejo Haines había querido rendir un último tributo a su fiel ama de llaves, y era un ataúd sólido, grande y lleno de tallas y plata. Desde la fosa, los sepultureros levantaron la cabeza.

—¿Lo abrimos aquí, o hemos de sacarlo primero?

—Abranlo.

Golpearon con los escoplos. La tapa era sólida y estaba bien clavada. Al fin cedió con un crujido.

Todos los que esperaban se inclinaron al borde de la fosa. La luz era ya pálida, grisácea.

Echaron la tapa a un lado y el cadáver apareció.

Hubo un breve silencio. Luego Melton soltó un quejido y un grito, todo al mismo tiempo. —¡LEYLA!— rugió, apartándose a trompicones.

Un policía gruñó:

—Así que usted estaba en lo cierto, McGee.

Éste se encogió de hombros. A pesar de la descomposición en que se encontraba el cadáver, podía reconocerse perfectamente a una mujer joven, fuerte y bien construida. La habían metido en el ataúd con su uniforme de enfermera y un ligero abrigo de entretiempo encima.

—Sáquenla de ahí —ladró el oficial del juez.

Y todos se apartaron.

McGee se acercó a donde Melton se había detenido. Captó el temblor de sus miembros y murmuró:

—Lo siento, Bill; de veras lo siento.

—Usted..., usted lo sabía.

—Lo sospeché.

Se volvió enfurecido.

—¡Debió decírmelo, advertirme...!

Su puño subió como un cohete y estalló en el mentón del abogado. McGee voló manoteando, para estrellarse contra una sepultura de mármol. Se quedó sentado en el suelo, aturdido y sacudiendo la cabeza.

Los policías se aproximaron a saltos.

Uno gritó:

—¿Qué diablos le pasa?

—Déjele en paz —gruñó Paul—. Sólo se ha cobrado una deuda.

Al fin pudo levantarse. La cabeza le zumbaba.

Melton barbotó.

—No pude contenerme...; discúlpeme, McGee.

—Olvidelo.

Uno de los policías gruñó, impaciente:

—¿Qué les parece si alguien empieza a hablar? Hemos de conocer todos los detalles de este asunto antes de proceder.

—Lo más importante es saber cuál de los hermanos mató, y eso lo ignoro.

—Pero usted sabía que el cadáver que estaba enterrado aquí era el de Leyla Mars, y no el del ama de llaves... ¿Cómo era su nombre...? Anna, eso. Usted lo sabía.

—Sólo lo sospeché cuando vi la enorme caldera de la calefacción. No pudieron introducir a Leyla en ella, y no pude imaginar que, por muy depravado que fuera el asesino, hubiera tenido el valor suficiente para descuartizarla. En cambio, el ama de llaves era una mujer menuda, delgada, y después de una larga enfermedad debía ser poco menos que un amasijo de piel y huesos. Y de corta estatura... Bueno, lo que les sobraba era un cadáver, así que incineraron el del ama de llaves.

—Y metieron el de la enfermera en el ataúd, atornillaron de nuevo la tapa y ya está —rezongó el policía—. Creo que me gustará ponerle la mano encima al asesino... Sí, señor, me encantará.

Vámonos.

Abandonaron el cementerio dejando el resto del trabajo para el forense y el oficial del juez.

## CAPÍTULO XIV

Estaban reunidos en una confortable biblioteca de la residencia. Cuando el policía calló hubo un largo silencio, mientras se miraban unos a otros.

Al fin, la voz ronca del joven Haines barbotó:

—Voy a ocuparme de que se arrepientan de esta sarta de calumnias...

Se dirigió al teléfono con pasos inseguros. Uno de los detectives le atrapó a mitad de camino y de un empujón le obligó a sentarse otra vez.

—No hagan tonterías. Tenemos dos asesinatos entre manos, y en casos así olvidamos los buenos modales.

—¡Tenemos derecho a llamar un abogado!

El policía hizo una mueca.

—Tienen uno aquí —dijo, señalando a McGee—. Y muy bueno, él sólo descubrió todo este juego de manos que hicieron con los cadáveres.

Si las miradas mataran, McGee hubiera caído fulminado.

—Sabemos cómo lo hicieron —prosiguió el policía, implacable—. Sabemos «por qué» lo hicieron. Ahora no nos hagan perder tiempo y pórtense bien; sólo nos falta aclarar si fue un trabajo hecho por los tres, o bien fue uno solo. ¿Usted tal vez, señor Haines?

Shorty le miró como si no le viera.

McGee soltó de pronto:

—Por lo menos, él fue quien contrató a un detective privado para que me apartara del caso. Fue un trabajo torpe. La secretaria de ese detective podrá identificarle.

Los policías se volvieron.

—Es usted una fuente de sorpresas, abogado —rezongó uno de ellos.

—Pues aún tengo otra. Alguien asesinó a ese detective. Le mató de un tiro.

Shorty se levantó de un brinco, ahogándose.

Los policías se quedaron un instante boquiabiertos, sin atinar a hablar.

El joven Haines chilló:

—¡Eso no es cierto, está mintiendo!

—Es una verdad como un rascacielos. Le dispararon con una pistola de pequeño calibre, quizá una «32». Yo lo encontré.

—Y no dio aviso a la policía —le acusó el policía.

—Pensaba hacerlo, pero...

—Hablaemos de eso más tarde.

Shorty volvió a la carga:

—¡Les digo que miente! Peters está vivo en alguna parte... Sólo tenía que...

Su voz se apagó.

—Por lo menos, admite que sabe quién era el detective —dijo McGee—. Sólo falta que se sincere de una vez, Haines.

El policía que llevaba la voz cantante se volvió hacia su compañero.

—Tal vez tengamos suerte, Thomas; toda esta chapuza es obra de aficionados. Que los sirvientes te muestren las habitaciones de estos tres y trata de encontrar una pistola o un revólver.

Helen chilló:

—¡No pueden hacer eso sin un mandamiento judicial!

—Lo pediré por teléfono, hermana... Vamos, Thomas, muévete.

El otro agente salió disparado.

Y entonces sucedió.

Dolly dio un salto hacia la puerta. Emitió un grito que les puso los pelos de punta, un sonido de animal rabioso. Golpeó contra la espalda del policía y éste trastabilló. Ella siguió corriendo como un gamo, chillando y gritando escaleras arriba.

—¡Atrápala, Thomas! —rugió el policía—. ¡Va en busca de la pistola!

Thomas voló materialmente en pos de la muchacha.

—Que nadie se mueva de aquí —advirtió el agente. Se oyó un

terrible alboroto en lo alto, gritos, maldiciones y al fin un golpe sordo. Se hizo el silencio, largo, tenso.

Al fin, Thomas apareció con el cuerpo desmadejado de Dolly en brazos. Ésta tenía la cara sucia de la espuma que le brotaba de los labios crispados.

El policía parecía perdido.

—No lo entiendo... Debe estar mal de la cabeza, Jerry. Por poco no me arrancó los ojos...; apenas pude con ella.

—Suéltela ahí, en ese diván, y busca la pistola; esto ya ha durado demasiado. Y ustedes empiecen a hablar si quieren una oportunidad. Shorty fue el primero que se rindió.

—Ella lo hizo —jadeó en un susurro—. Nosotros sólo intentamos protegería..., ocultarlo... Primero ahogó a la vieja con una almohada... Todos sabíamos que nuestro padre le había dejado una gran parte de su fortuna en el testamento.

—¿Y luego?

—La enfermera lo descubrió. Era muy lista... Incluso adivinó quién lo había hecho y fue al encuentro de Dolly. Ésta la mató con un estilete.

Melton ahogó un quejido.

Haines siguió hablando y hablando. El otro policía entró sosteniendo un revólver del «32», envuelto en un pañuelo.

McGee hizo una seña a Melton y ambos salieron de la biblioteca. La voz monótona de Haines se perdió en la distancia y ellos salieron al jardín. La noche era oscura como el infierno, pero brillaban millares de estrellas en lo alto, lejanas, guiñándose unas a otras.

Melton murmuró:

—Se acabó, McGee.

—Sí.

—Nunca me habló de ese detective muerto.

—Y si hubiera podido evitarlo tampoco le hubiera hablado ahora. Estoy metido en un buen lío.

—No le harán nada. No después de darles un caso resuelto, y un caso como éste nada menos.

—Ojalá acierte. Mi socio se subirá por las paredes si la policía nos lleva ante un tribunal.

—Lo que no comprendo es por qué mató también al detective. Después de todo estaba trabajando para su hermano.

—Harry Peters era un fracasado, un pobre tipo que buscaba su oportunidad. Creyó haberla encontrado con este asunto y luego se asustó, era demasiado grande para él. Intentó sacarme dinero a cambio de lo que sabía. Supongo que debió intentar un chantaje y utilizó el teléfono, y fue esa pequeña loca la que lo tomó. Peters tuvo mala suerte hasta en eso.

—Ya veo... ¿Habremos de esperar mucho?

—No lo sé. Lo que si sé es que me caigo de sueño...

Mientras esperaba, McGee se entretuvo pensando en su cómodo apartamento y en la no menos cómoda cama. Así pasó el tiempo.

\* \* \*

Entró en el apartamento cuando casi amanecía. Sin encender las luces, como un sonámbulo, fue quitándose las ropas en su camino hacia el dormitorio.

Cuando llegó allí vio que la cama estaba ocupada y se detuvo, perplejo. Una abundante cabellera rubia se desparramaba por la almohada, y un cuerpo delirantemente desnudo estaba extendido sobre las sábanas.

—Así que volviste —murmuró.

Se tendió al lado de la muchacha rubia, la rodeó con los brazos y buscó su boca. Sus ojos se cerraban.

Los de ella se abrieron de golpe.

—¡Paul..., me cansé de esperar...!

—Como el otro día.

—Hace un siglo de eso. ¿Dónde estuviste?

—En el cementerio.

—¿Por qué no en Marte? —rió la chica.

Se apoderó de sus labios en un beso voraz. McGee se desplomó sobre ella jadeando. El sueño huía a gran velocidad.

Pasó más de una hora antes de que pudiera, al fin, dormir.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS

:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.